

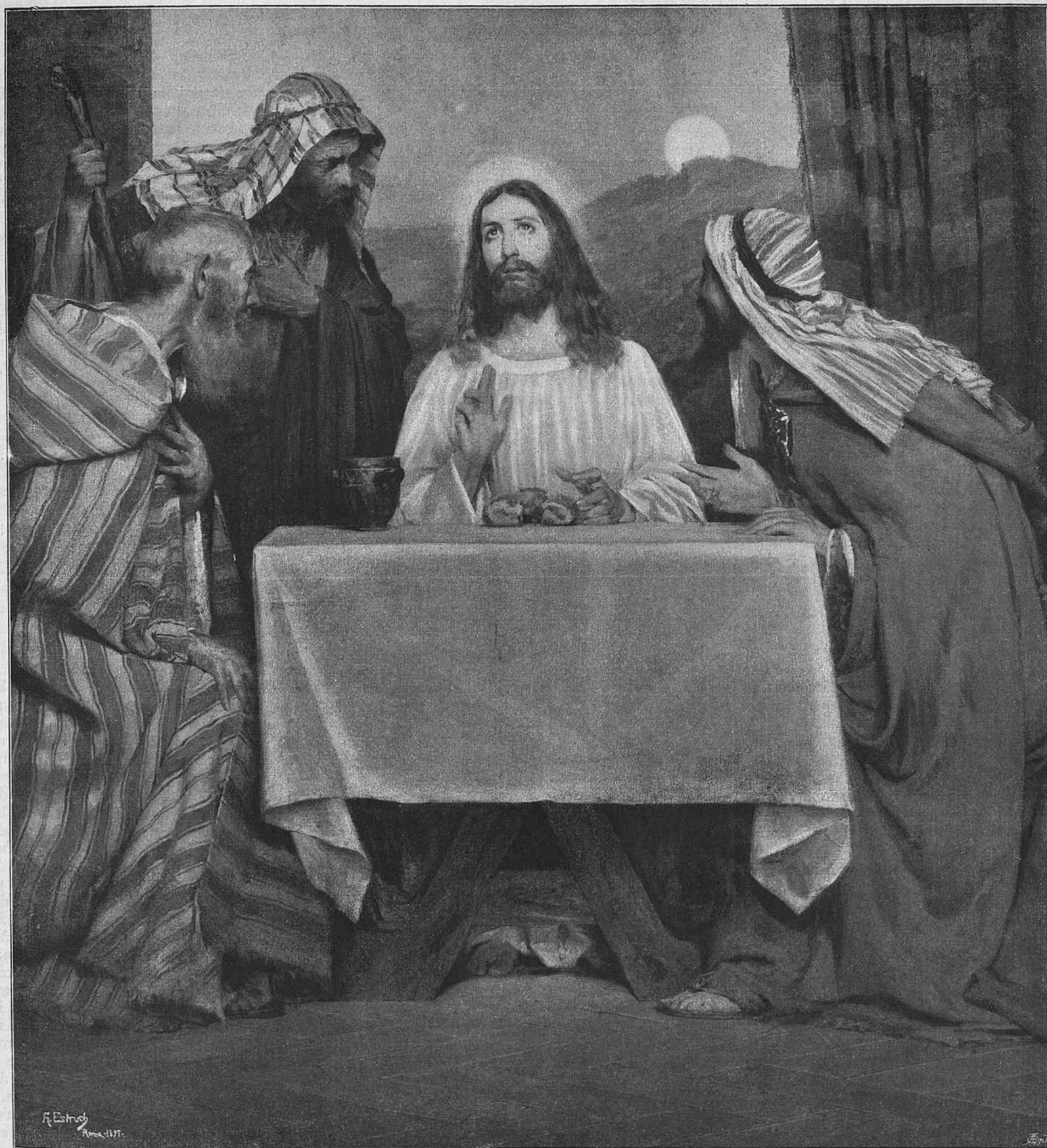
La Ilustración Artística

AÑO XVII

BARCELONA 4 DE ABRIL DE 1898

NÚM. 849

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA CENA EN CASA DE EMAUS, cuadro de Antonio Estruch

SUMARIO

Texto. - *Semana Santa*, por Eusebio Blasco. - *La Semana Santa* (cuento), por Emilia Pardo Bazán. - *El esgrafiado descubierto en el Palatino de Roma*, por X. - *La autonomía en Puerto Rico. Primer gobierno.* - *Nuestros grabados.* - *Miscelánea.* - *Problema de ajedrez.* - *El sostén de la familia*, novela (continuación). - *Carteles artísticos*, por A. - **Libros.** - **Grabados.** - *La cena en casa de Emaus*, cuadro de A. Estruch. - *Jesucristo en la cruz.* - *Antiguo esgrafiado descubierto en el Palatino de Roma.* - *La Cena*, cuadro de Juan Bautista Tiepolo. - *Isla de Cuba. Los capitanes norteamericanos Sampson y Chadwick y el teniente Potter.* - *El cónsul Lee, el capitán Sigsbee, y el capellán Chidwick.* - *Tumbas en donde están enterradas las víctimas del «Maine».* - *Estados Unidos. Alistamiento de tripulantes para la escuadra del Norte del Atlántico.* - *¡Amalos los unos a los otros como hermanos!.*, cuadro de E. Danger. - *El primer gobierno de la autonomía y el alcalde de San Juan de Puerto Rico.* - *Carteles artísticos.* - *Lámpara Wells.* - *Martinete para fundaciones rápidas sobre suelo flojo.* - *Magdalena ante el cadáver de Jesucristo*, cuadro de A. Bocklin.

SEMANA SANTA

I

- No, hijas mías, les decía la abuela a la hija y nietas que habían ido a invitarla a comer con ellas por ser aquel día cumpleaños de la mayor. No, hijas mías, no puedo. Mañana es Domingo de Ramos, y en toda la semana que mañana comienza, no contéis conmigo, porque la tengo muy ocupada. Veréis cómo digo verdad. El Domingo de Ramos no salgo de la iglesia en toda la mañana...

- Pero abuelita, va usted a cumplir ochenta años, y con el calor que hace en el templo y tantas horas sin tomar nada...

- Bueno, bueno, bueno: yo sé lo que me hago; y si me pongo mala, ¡cómo ha de ser!; y si cojo un frío al salir y me muero, ¡mejor!; el Señor me lo tendrá en cuenta. Sigo mi relación. Lunes y Martes Santos los dedico a la meditación y a apuntar los nombres de los pobres que he de socorrer; y todo lo que me queda de mi renta de este año ha de ser para ellos. ¿No lo ha ordenado así Nuestro Señor? «Vended lo que tenéis, dadlo a los pobres, y tendréis un tesoro en el cielo...» El miércoles tengo que prepararme para el gran paseo que he de dar el jueves, día en que no hay coches. Así es que metida en la cama y con mi libro de oraciones, me daré veinticuatro horas de descanso, porque el jueves..., ¡oh, el jueves es mi gran día!. El jueves hago las diez estaciones; es decir, que a mis ochenta años andaré lo menos dos kilómetros, vendré a comer, y por la noche otra vueltecita a las iglesias del barrio. El viernes he de pedir por los pobres con mi cuñada la duquesa. Después iré a oír el Sermón de Soledad, y por la noche rezaré de rodillas sobre el suelo, sin almohadón ni cojín, durante media hora, las oraciones del día. Y desde el sábado, a las diez de la mañana, estoy a vuestra entera disposición.

- Bueno, abuelita, como usted quiera; pero se va usted a cansar de tal modo...

- ¿Cansarme? ¡Más os cansaréis vosotras! Por cumplir con Dios no se ha cansado nunca nadie. Vosotras, repito, llegaréis al sábado fatigadas y sin haber hecho las cosas como es debido. Apuesto a que vais a estrenar vestidos, a que vais a pasear las mantillas por la Carrera de San Jerónimo, a que no ayunáis... Las nietas sonreían y sus madres también.

- Yo nunca, ¿lo entendéis?, nunca he convertido en diversión esta santa semana, y ahora, a las puertas de la eternidad, hago lo que hacía cuando tenía veinte ó treinta años... En fin, no quiero regañaros más; haced lo que queráis, pero dejadme a mí que rece y ayune y me mortifique seis días y medio, como toda mi vida.

Y besándolas a todas, las acompañó hasta la puerta y le preguntó a su doncella:

- Mientras estaba aquí la familia me has dicho que esperaba alguien.

- Sí, señora.

- ¿Quién es?

- Un caballero viejo que ha dicho llamarse don Carlos Breñal.

- ¡Jesús!

Y la anciana cayó en un sillón, pálida como la muerte.

Acudieron a ella criados y criadas.

- No, no es nada, dijo. Que pase ese señor, y que no entre aquí nadie.

II

- Soy yo, dijo el respetable anciano, a quien la condesa miró con asombrados ojos. Soy yo, Rosalía. ¿No me reconoce usted, verdad?

- No, ciertamente que no. Ni usted a mí...

- Apenas. Pero soy militar, y hombre de palabra.

- ¡Le creía a usted muerto!

- Yo a usted no, porque he seguido paso a paso su vida. Es usted persona conocidísima en el mundo aristocrático y los periódicos me han ido dando cuenta de todo lo que ha hecho.

- ¿De dónde viene usted?

- De muy lejos. Y cada vez que en América ó en el extranjero leía la relación de un baile, de una recepción, de una obra de caridad de las muchas que usted hace, le decía a mi mujer: «Mira, ésta fue novia mía cuando yo era teniente.»

- ¡Ah! ¿Se casó usted?, preguntó la condesa.

- Y usted también.

- Y enviudé hace quince años.

- Y yo hace ocho.

Hubo una gran pausa, durante la cual los dos viejecitos se miraron sin decirse nada, pero diciéndose muchas cosas.

- ¿Qué me dijo usted el 9 de abril del año cuarenta y ocho?, preguntó el recién llegado.

- Buena memoria es preciso tener...

- No puedo creer que usted no lo recuerde. ¿Qué me dijo usted en un baile?

La condesa, sonriente y ya repuesta de la emoción primera, respondió:

- No lo he olvidado. Le dije a usted: «Dentro de cincuenta años.»

- Pues aquí estoy.

- Asombrosa exactitud, mi teniente..., digo, ha debido usted ascender desde entonces.

- Soy teniente general hace veintidós años.

- ¿De modo que lo que yo tomé a broma, usted lo ha tomado en serio durante todo este tiempo?

El general sacó del bolsillo algunas hojas de papel y dijo:

- De las *Memorias* que para mi uso particular he ido escribiendo desde los primeros años de mi vida, he arrancado anoche estas hojas. Oiga usted.

La condesa acercó su sillón al del anciano, y poniéndose la mano en la oreja derecha, escuchó atentamente. Y el anciano leyó muy despacio:

«*Tres de abril.* Mañana comienza la Semana Santa. Rosalía me ha dado una lista de todo lo que ha de hacer en estos santos días para que la siga y la vea... Veremos si esto es sincero..., el hijo del conde del Sauce le hace la corte, y ella dice que no le quiere, pero es tan coqueta...»

- ¡Sí, en verdad, yo era muy coqueta!

«*Cuatro de abril.* Domingo de Ramos. Me vestí de uniforme, fui a Atocha a verla; allí estaba, no hizo caso de la función religiosa, me ha mirado durante toda la misa, su madre la ha reprendido varias veces, lo he visto... Pero *el otro* estaba también allí; a la salida he querido darle un pisotón para buscar un lance, y Rosalía, al pasar junto a mí, me ha dicho: «No sea usted loco...» Por la tarde he pasado por debajo de sus ventanas y me ha echado un papelito con estas palabras escritas con lápiz: «El Jueves Santo en la esquina; voy con mis primas, puede usted acercarse...»

Y el general, suspendiendo la lectura, dijo:

- ¡Aún le tengo!

- Siga usted, siga usted, decía la octogenaria ahuecando más la mano que tenía tras de la oreja...

«*Ocho de abril.* ¡Qué día! He corrido no sé cuántas iglesias con ellas. Rosalía, mientras sus primas rezaban, y al lado mío, no hacía más que mirar al otro, que nos ha ido siguiendo dos horas... Yo estaba furioso y ella se reía mucho.»

- ¡Me reía!

- Sí, se reía usted, me acuerdo muy bien.

- Es posible. Continuemos.

«No ha parado aquí la cosa. A eso de las seis de la tarde, en plena Carrera de San Jerónimo, nos ha detenido el duque de Altuna para presentar a Rosalía y sus primas a mi rival. Ha tenido el descaro de colocarse junto a Rosalía; yo me he despedido, pero les he seguido muerto de celos, y dos horas después, cuando se ha separado de ellas, en plena Puerta del Sol le he dado una bofetada. Nos batimos el sábado.»

La condesa suspiró y rogó con un gesto al general que continuara.

«*Nueve de abril.* Viernes Santo. Rosalía ha visto la procesión *con él* desde los balcones de casa de Oñate. Para no matarle sin esperar al duelo, me he ido a mi casa y me he pasado la tarde y la noche llorando. ¡Coqueta! ¡Falsa! ¡Infame!»

- ¿Dice infame?

- Sí, señora, así decía.

- ¡Ah! Muchas gracias...

«*Diez de abril, a las tres de la tarde.* El vizconde me ha dado una estocada en el hombro derecho. Rosalía no ha enviado a preguntar por mí. Dice el médico que tengo lo menos para quince días. ¡Oh, qué desesperación, qué tormento!..»

La condesa miró al general, el cual siguió leyendo tranquilamente:

«*Veintinueve de abril.* Por primera salida he ido al baile de la Embajada italiana. Rosalía estaba allí, bailando con el hombre que me ha tenido quince días en la cama. Le pedí un wals, me lo concedió, y bailando le dije: «¿Qué significa esto? - Que me casan con él... - ¡Ah! ¿Y no sabes resistir? ¿Y me lo dices así? ¿Después de haberme jugado la vida por ti? ¿De modo que yo no puedo amarte ya nunca?» Y acabando el wals y con un gracioso saludo, ha tenido la avilantez de decirme: «Allá dentro de cincuenta años!»

Leída esta frase, el general se guardó las hojas en el bolsillo y miró a la condesa, que estaba riéndose de muy buena gana.

- Supongo, le dijo, que no viene usted a pedirme que nos casemos.

Y el general, riendo también, respondió:

- Vengo a pedirle a usted un favor. Que ya que los dos tenemos nietos y leemos riendo estas cosas, seamos buenos amigos. Sus nietas de usted van esta Semana Santa a los oficios y estaciones con las mías...

- ¿Cómo es eso?

- He llegado de Francia hace un mes. Tomé casa en la calle de Bailén, pasé mis tarjetas a los otros inquilinos; mis nietas y las de usted se conocieron; supe que se llamaban las de Frezal, que es el apellido de su padre. Hoy les he oído decir que iban a ver a su abuelita, y que su abuelita era usted... «Mi novia, dije para mí. ¡Voy a ver a mi novia!»

Los dos ancianos se miraban y se reían...

El general dijo:

- A nuestros años, todo se olvida y todo queda reducido a recuerdos... Dicen las *chicas* que van mañana juntas a los oficios... ¿Quiere usted que vayamos juntos nosotros dos?

La condesa se levantó, llamó y dijo a la doncella:

- Que pongan un cubierto: este caballero va a comer conmigo. Comerá usted cosas blandas, le dijo a su novio del cuarenta y ocho, porque yo, como no tengo dientes...

- ¡Ni yo tampoco!

Apareció un criado diciendo:

- La señora condesa está servida.

Y el general, ofreciéndole el brazo, dijo:

- Señora condesa...

Y arrastrando los pies y riendo de buena gana, fueron al comedor recordando *los tiempos aquellos...*

«¡Qué gran cosa es el tiempo!, decían. ¡Qué gran medicamento!»

EUSEBIO BLASCO

EN SEMANA SANTA

(CUENTO)

A la cabecera del moribundo estaban Preciosa y Conrado, asistiéndole en sus últimos instantes, temblorosos como el criminal que sube las escaleras de la horca. Y criminales eran - aunque criminales triunfantes y coronados por el ciego destino - Conrado y Preciosa. El que, después de largos sufrimientos, sucumbía en el cuarto impregnado de olores a medicinales drogas, entristecido por la luz amarillenta de la lamparilla que iba extinguiéndose al par que la vida del agonizante, era el esposo de Preciosa, el protector y bienhechor de Conrado; y para los que de común acuerdo le engañaron y ofendieron sus canas, no tuvo nunca aquel honradísimo viejo, generoso y confiado como un niño, más que palabras de dulzura y hechos de bondad y amor. Abierta siempre a Conrado su bolsa y su casa; abiertos siempre los brazos y el corazón para Preciosa, cuya juventud no quiso entristecer nunca con severidades de anciano y melancolías de enfermo, el infeliz tenía derecho a la gratitud y al respeto más tierno y grave..., ya que otros sentimientos vehementes no pueda inspirarlos la senectud. Y ahora se moría, se moría lentamente..., después de advertir a Preciosa que quedaba instituida su única heredera, y que, si no sentía repugnancia por Conrado, a quien él miraba como hijo, deseaba que le prometiesen casarse a la terminación del luto.

Cuando manifestó así su voluntad, en voz desmayada y flaca y apoyando sus manos ya frías en las manos febriles de Conrado y Preciosa, los dos se estremecieron, y sus ojos, como delincuentes que tra-

tan de ocultarse y no saben dónde, vagaron por el suelo, cargados con el peso de la vergüenza. Preciosa, sin embargo, mujer y extremada en la pasión, fué la primera que recobró ánimos, y reaccionando violentamente, trató de atraer la mirada de Conrado y de pagarla con una débil sonrisa. Pero Conrado, como si sintiese la picadura de una víbora, se retiró al fondo de la alcoba, y dejándose caer en la meridiana, escondió entre las palmas el rostro. Un silabeo apenas perceptible del moribundo le llamó otra vez á la cabecera del lecho. «Conrado, mira, soy yo quien te lo ruega en este momento solemne... No dejes desamparada á Preciosa... Que sea tu mujer, y quíerela y trátala... como la quise yo... Siquiera por el día en que estamos...», dame palabra.» Y Conrado, balbuciente, sólo pudo barbotar: «La doy, la doy...» Lució una chispa de contento en las apagadas pupilas del moribundo; pero como si aquel esfuerzo hubiese agotado el poco vigor que le quedaba, cayó en un sopor, presagio del fin. Tal fué la opinión del médico, que aconsejó se trajese la Extremaunción sin tardanza; pero al llegar el sacerdote con los santos óleos, no había calor vital en el cuerpo: Preciosa lloraba de rodillas, y Conrado, agitadoísimo, paseaba desesperadamente arriba y abajo por el gabinete que precedía á la estancia mortuoria... El sacerdote, que salía, le tocó suavemente en el hombro.

— No se aflija usted, dijo en tono afectuoso, confundiendo con un gran dolor aquel acceso de remordimiento agudo. Las virtudes de este señor le habrán ganado un puesto en el cielo. Y después, la misericordia de Dios, ¡especialmente en el día en que estamos!..

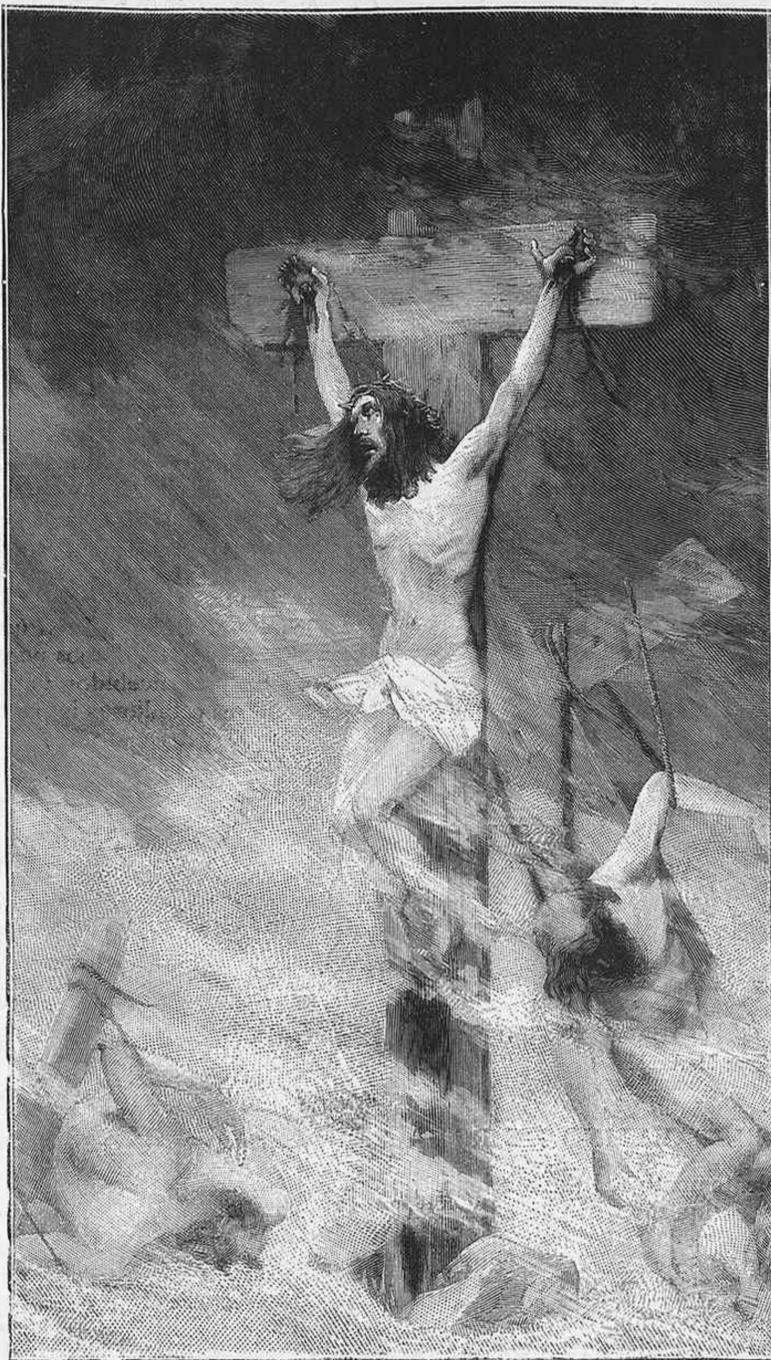
Era la segunda vez que esta frase resonaba en los oídos de Conrado; pero ahora resonó, más que en los oídos, en el alma. ¡La misma del moribundo! «El día en que estamos...» ¿Y en qué día estaban? Conrado necesitó hacer memoria, reflexionar... Recordó de pronto, en un relámpago que hirió su imaginación fuertemente. El día era el Viernes Santo.

Pocos instantes después de haberse retirado discretamente el sacerdote, que prometió volver á velar el cuerpo, acercóse Preciosa á Conrado de puntillas y quedó espantada de su actitud, del movimiento que hizo al verla tan próxima. ¡Qué desventura! Conrado ya no la quería; á Conrado le infundía horror desde que la muerte había penetrado allí... Adivinaba el estado de ánimo de su cómplice, y precaviendo el porvenir, aspiraba á disipar aquella nube de tristeza, aquella alteración de la conciencia impura. «Si esta noche vela el cadáver, se preocupará más; se grabará doblemente en su espíritu esta impresión terrible...» Una idea acudió á la mente de Preciosa, fértil en expedientes, atrevida — como hembra apasionada y resuelta á lograr su antojo. — Entró en la estancia mortuoria, y sobre el mueble incrustado, frente á la cama, buscó, entre otros frascos, el que contenía poderoso narcótico. Una gota calmaba y amodorraba; dos adormecían; tres ó cuatro producían ya un sueño largo, invencible, muy duradero, semi-letal... Al poco rato, Preciosa se acercó á Conrado nuevamente y le sirvió por su mano una taza de tila. «Bebe, estás nervioso.» Conrado bebió por máquina, apuró la suave infusión... Cuando empezó á notar modorra, pesadez incontestable, le guió Preciosa á su propio cuarto, le reclinó en el amplio diván, revestido de raso y recubierto de encaje, cubrióle con rico pañuelo de Manila, le abrigó con edredón ligero los pies, le puso almohadas finas bajo la nuca. «Duerme, duerme — pensó — y no despiertes hasta que esté fuera de casa el otro...»

Conrado, entretanto, abría los ojos, sacudía el sueño de plomo que le había postrado y se restregaba los párpados, notando que el sitio en que se encontraba no era el elegante dormitorio de su tentadora Preciosa, sino una calzada en cuesta, empedrada de losas rudas y anchas, sobre la cual caía á plomo un sol ardoroso y esplendente, como de primavera en país cálido. Miró en derredor. A sus pies se extendía una ciudad que le parecía conocer mucho: ¿dónde había visto él aquellas puntiagudas torres, aquellos extensos baluartes, aquel recinto fortificado, aquellas casas cónicas, aquel monumental

templo, aquellas puertas angostas, sombrías, bajo las cuales cruzaban dromedarios y bueyes guiados por hombres de atezado cutis? La vestimenta de estos hombres también se le figuró á Conrado, aunque extraña, vista alguna vez, no en la realidad, sino en esculturas ó cuadros: como que era la indumentaria hebrea de la gente humilde en tiempo de Augusto — la *chituna* ó túnica ceñida, el *tallith* ó manto, el *sudaz* que rodea las sienes, el ceñidor que ajusta el ropaje, y los pies descalzos, ó metidos en gastadas sandalias de cuero. — Conrado pensó oír una voz persuasiva, salida quizás de lo íntimo de su ser, que murmuraba misteriosamente:

— Esa ciudad es Jerusalén.



JESUCRISTO EN LA CRUZ

¡Jerusalén! Conrado casi no se admiró. Jerusalén no era para él un lugar exótico. ¡En Jerusalén había pensado tantas veces! Desde niño, por el Nacimiento que preparaba su madre, se había familiarizado con Jerusalén... En Jerusalén tenía hogar su espíritu, su fe tenía casa propia. Lo único que sintió fué inmensa alegría... Imaginó volver de un largo destierro.

Un grupo de gente que se apiñaba en la puerta fijó la atención de Conrado. Instintivamente siguió al grupo. Por un camino que defendían á ambos lados setos de chumberas y que orlaban palmas y vides, rosales de Jericó é higueras ya cubiertas de hoja, dirigíase el grupo hacia áspero cerrillo, que destacaba sus líneas duras sobre el horizonte color de violeta. Bullía una muchedumbre en la colina; hormigueaban los de á pie, y se mantenían inmóviles sobre sus recios corceles los legionarios, cuyas lorigas y rodellas rebrillaban. Dominando la multitud, coronando la escena, erizando el cerro, se erguían tres cruces negras, sobre las cuales parecían estatuas de pórfido rosa, desde lejos, los cuerpos de los tres ajusticiados...

Conrado, entonces, tampoco se asombró, tampoco se creyó juguete de un delirio. Al contrario: se penetró de que estaba asistiendo, no á un drama, á la representación de la verdad misma. Aquella esce-

na, aquella triple crucifixión, y sobre todo una de las cruces, la llevaba él dentro de sí desde los primeros días de la niñez. Si había sufrido, era cuando, teniendo en sí, no podía verla ni contemplarla; cuando se le desvanecía, como se desvanece el rostro de una persona querida al querer reconstruirlo cerrando los ojos... ¡Qué felicidad, tener de nuevo la visión — clara, concreta, firme, indubitable — de la Cruz: no una cruz de oro, plata ni bronce, sino la Cruz viva, el madero, al punto en que lo calienta el calor del Cuerpo divino y lo empapa la Sangre redentora! Conrado, sin aliento, de tan aprisa como iba, seguía al grupo, subiendo la agria cuesta, hollando el seco polvo y los tojos espinosos del siniestro Gólgota, salpicado de blancos huesos humanos que calcinaba el sol... Su afán era colocarse cerca de la Cruz, ver la cara del Salvador en la suprema hora.

Era difícil la empresa. Bullía cada vez más compacta la muchedumbre. Como sucede en sueños, á cada obstáculo que Conrado lograba vencer, surgían otros mayores, insuperables. Nadie le quería abrir paso. Pastores de la sierra; tratantes y tenderillos de la ciudad; mujeres harapientas con niños famélicos en brazos; fariseos altaneros; esenios pálidos y compadecidos; hijas de Jerusalén, modestas burguesas que bajaban los ojos llenos de lágrimas al ver las torturas del Maestro, y por último, los soldados á caballo, enhiesta la lanza, se atravesaban para impedir que nadie salvase el círculo de cuerda y estacas que rodeaba los patíbulos. Conrado suplicaba, cerraba los puños, quería infiltrarse, llegar hasta la cruz central más alta que las otras, donde colgaba Jesús; quería verle vivo, antes del momento en que, doblando la cabeza, exclamase: «Todo se acabó.» Una angustia profunda se apoderaba de Conrado. ¿Lo conseguiría cuando ya el Salvador hubiese muerto? Y, bañado en sudor, anhelante, afanoso, corría, corría, en dirección á la cima del cerro, que siempre se le figuraba más distante.

Sus ojos divisaron entonces á una mujer abrazada al árbol mismo de la Cruz; y sin reparar que la mujer estaba casi desvanecida de congoja, fijándose sólo en que á aquella mujer también la conocía, gritó con esfuerzo:

— ¡María, María de Nazareth!, alárgame la mano, que quiero llegar hasta tu hijo.

Y María de Nazareth, lívida, con los ojos inflamados, trágica la actitud, se adelantó, alargó la mano cubierta por un pliegue del manto, y Conrado, inmediatamente, se halló al pie del madero, tan cerca, que el ruido del afanoso resuello del moribundo se le figuraba un huracán. Sin embargo, pensó con gozo:

— ¡Vive! ¡Vive! ¡Puede escucharme todavía!

Y alzando la frente, doblando las rodillas, poniendo la boca sobre el palo ensangrentado, cerca de los sagrados pies, Conrado suspiró:

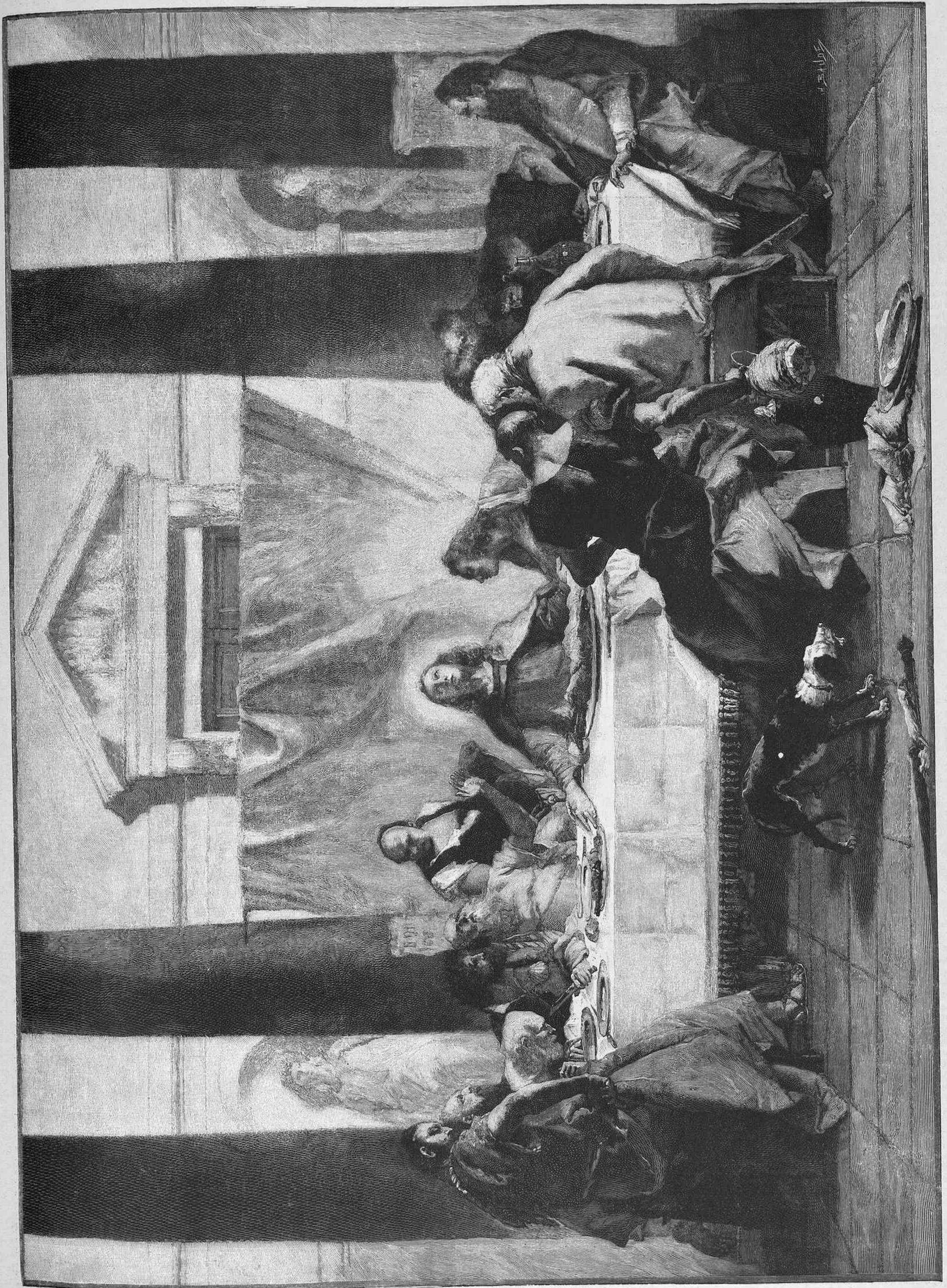
— ¡Jesús, Jesús, no me abandones!..

Y ¡oh asombro!, una voz dulce, empapada en lágrimas, respondió desde arriba:

— Tú eres el que me abandonaste hace años, Conrado. ¿No te acuerdas?

Profundo sacudimiento experimentó Conrado. Un agudo cuchillo entró en su pecho. Miró hacia lo alto con ansia: Jesús ya había inclinado la cabeza; el sol se velaba tras negrísima nube; la tierra temblaba sordamente; á las plantas de Conrado se abrió una grieta horrible, casi un abismo... y el pecador, atónito, cayó con la faz contra el polvo y las rocas descarnadas...

Al despertarse Conrado de su largo sueño artificial, Preciosa estaba allí, vestida de negro, pero linda, fresca, reposada, espiando el instante de estrechar en sus brazos al durmiente. Éste se incorporó, aturdiendo aún, sin darse cuenta de lo que le sucedía... Preciosa, sonriendo, quiso halagarle, ser para él la vida que renace, al borde una sepultura. Conrado, sin aspereza, la rechazó; y á paso mesurado, firme, sin tambalearse ya, despejada la cabeza, salió á la antecámara, abrió la puerta, la cerró de golpe y corrió á la calle... Una brisa suave acarició sus sienes. Era la mañana del Domingo de Resurrección.



LA CENA, cuadro de Juan Bautista Tiepólo que se conserva en el Museo del Louvre, de París

LA AUTONOMIA EN PUERTO RICO

PRIMER GOBIERNO

(Véanse los retratos que se publican en la página 226)

Francisco Mariano Quiñones

(Presidente)

Nació en San Germán hace próximamente setenta años. Perteneció a una de las más antiguas y distinguidas familias del país; se educó en Alemania, viajó con provecho por Europa durante su juventud y se distinguió bien pronto por su exquisita cultura y por la solidez de sus conocimientos.

Desde que en Puerto Rico se dibujaron las tendencias políticas, se le vio figurar entre los más decididos defensores de las reformas liberales.

En 1866 formó parte de la famosa información promovida por el Sr. Cánovas, y sostuvo con Acosta y Ruiz Belvis las soluciones más radicales en el problema que entonces empezaba a plantearse acerca de la abolición de la esclavitud.

Sufrió persecuciones en los periódicos de más violenta reacción política, fué diputado á Cortes en la época de D. Amadeo de Saboya, presidió la asamblea de Mayáguéz en 1890, y ha figurado siempre en la vanguardia del partido autonomista portorriqueño.

Ha escrito algunas obras científicas y de historia política portorriqueña, y ha colaborado lucidamente en los principales periódicos del país.

Luis Muñoz Rivera

(Gobernación y Gracia y Justicia)

Poeta de poderoso estilo, publicista brillante, orador vigoroso y político de grandes energías, es uno de los portorriqueños de personalidad más acentuada y saliente que ha producido el siglo actual.

Es joven todavía. Habrá cumplido apenas los cuarenta años, y es ya una figura de primer orden en la política antillana. Orador de escaso artificio, pero de palabra impetuosa y sugestiva, tiene grandes aptitudes para la propaganda y la polémica políticas. A estas cualidades, bien auxiliadas por una actividad y por una gran fuerza de voluntad, debe los éxitos alcanzados últimamente.

Es el jefe del grupo autonomista portorriqueño que se incorporó hace meses al partido liberal que preside el Sr. Sagasta.

Sus empeños políticos le mantienen hace algún tiempo alejado del mundo literario, con harta pena de sus muchos y fervientes admiradores.

Nació en Barranquitas, pueblo del interior de la isla, y la parte más valiosa de su educación literaria y política la debe á la eficacia de su propio esfuerzo.

Es de carácter franco y sincero, y goza de muchas simpatías entre el elemento liberal del país.

Manuel Fernández Juncos

(Hacienda)

Nació en Asturias hacia el año 1846, y fué casi niño á la pequeña Antilla, en donde ha vivido desde entonces. Allí completó su educación, haciendo para ello esfuerzos verdaderamente heroicos.

Es uno de los entendimientos más cultivados que tiene el país, y entre sus escritores el más ingenioso y castizo.

Los lectores de esta ILUSTRACIÓN conocen ya las excelentes dotes del Sr. Fernández Juncos como crítico, novelista y narrador genial. Ha cultivado también la poesía con éxito, y maneja la sátira festiva de un modo magistral. Es el maestro de la actual generación literaria de Puerto Rico, entre la que goza de extraordinaria estimación.

Es el peninsular que ha estudiado hasta hoy con más penetración el pueblo portorriqueño. Empezó analizándolo como costumbrista y acabó por conocerlo profundamente como sociólogo y como político. Ha llegado á conocer con admirable exactitud la índole, los sentimientos y las aspiraciones de aquellos naturales. Como ha dicho gráficamente uno de sus biógrafos, «Fernández Juncos ha entrado en Puerto Rico y ha visto claro en la conciencia y en el corazón de los portorriqueños.» Por eso tomó su partido con generosa resolución, y los ha defendido briosamente contra sus mismos paisanos, siendo de los primeros que proclamaron y defendieron en las Antillas el régimen autonómico.

Es orador de nota y educador infatigable. Sus campañas periodísticas fueron famosas, y su influencia literaria no tiene ejemplo en el país. En la crítica urbana y festiva ha creado un género que fluctúa sin desventaja entre la sátira de Larra, intencionada y cruel, y la censura regocijada, chispeante y bondadosa de Mesonero Romanos.

Como político simboliza hoy en el gobierno de Puerto Rico la fraternidad entre los españoles del nuevo y del viejo continente.

José S. Quiñones

(Agricultura, Industria y Comercio)

Abogado elocuente y probo, entró lleno de entusiasmo y brío en la vida política en los comienzos de la era constitucional que siguió á la revolución española del 68.

Sus méritos y servicios le llevaron á la presidencia de la Diputación provincial en 1871.

Decepciones profundas, relacionadas con la reacción imprudente que allí se inició con el gobierno del general Gómez Pulido, le obligaron á retirarse de la política desde entonces, y

permaneció por espacio de veinte años entregado exclusivamente al ejercicio de su profesión del foro.

El movimiento de opinión producido por la evolución de la política española en favor del régimen autonómico, le llevó de nuevo á la política y al puesto culminante que estaba llamado á desempeñar.

Es hombre de juicio muy claro, de gran serenidad de espíritu y de carácter independiente y bondadoso.

Juan Hernández López

(Obras públicas y Comunicaciones)

Abogado elocuente, de palabra fácil y agradable por su acento y su armonía, dulce y persuasivo siempre, de temperamento conciliador y desapasionado, posee condiciones de gran valer para la vida política moderna.

Está dotado de una inteligencia clarísima, de un gran espí-

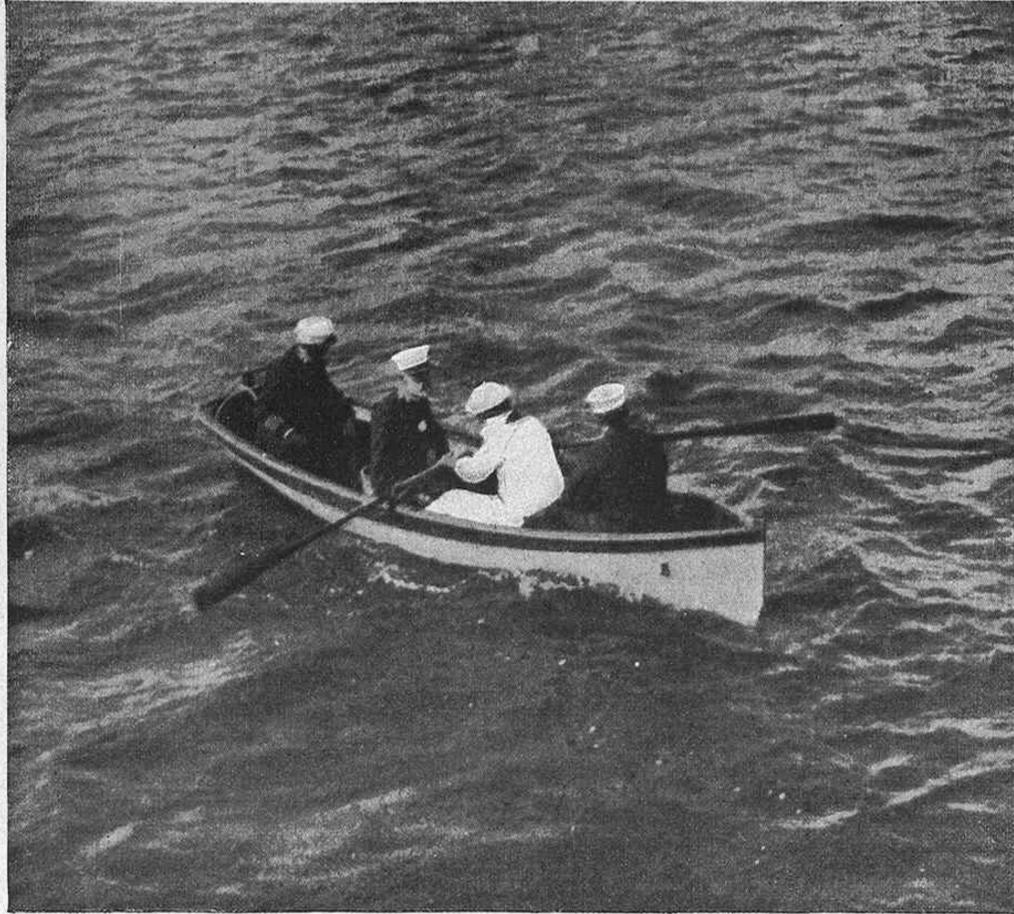
Es un estudio étnico, moral y social acerca del campesino portorriqueño. Es el más fundamental y completo que se ha escrito en el país. Tiene también excelentes condiciones de cuentista y escritor de costumbres.

Sus méritos y prestigios le llevaban á un cargo importante en el nuevo gobierno; pero como pertenecía al ayuntamiento de la capital por elección popular, se optó por utilizar sus eminentes servicios en la primera alcaldía de Puerto Rico al establecerse el gobierno insular.

Su nombramiento fué recibido en el país con gran satisfacción y general aplauso. - X.

NUESTROS GRABADOS

La cena en casa de Emaus, cuadro de Antonio Estruch.— Otro lienzo notable, debido al pincel del discreto artista catalán Antonio Estruch, reproducimos en la primera página de este número. Digno compañero del que recientemente publicamos, representando las Bodas de Canaan, está también destinado á embellecer uno de los salones de la suntuosa vivienda del acaudalado señor Ponsá. En una y otra composición revélase el temperamento artístico del joven pintor, quien por medio de tan recomendables producciones pone de manifiesto sus aptitudes y justifica plenamente la pensión que se le concediera para continuar sus estudios en la Ciudad Eterna. Creemos que el señor Estruch, al continuar por tan segura senda, alcanzará en plazo no lejano el provechoso resultado que merece por su laboriosidad y felices disposiciones.



ISLA DE CUBA. — Los capitanes norteamericanos Sampson y Chadwich y el teniente Potter regresando de visitar los restos del acorazado *Maine*

ritu de tolerancia y de esa atracción natural y dulcemente sugestiva á la que se da el nombre de don de gentes.

Tiene mucho talento y mucha discreción.

Manuel F. Rossy

(Instrucción pública)

Es el más joven de los secretarios de Despacho, y tiene ya un importante renombre como abogado y publicista.

Es de carácter modesto, pero firme; habla con facilidad y elegancia, razona con admirable dialéctica y escribe con sobriedad é intención dignas del mayor aplauso.

Lo mismo cuando habla que cuando escribe, conserva un absoluto dominio sobre su palabra y sus ideas.

No se altera nunca, va siempre derecho á su objeto y dice lo que quiere decir.

Es hombre de profundas convicciones y de excelente sentido político.

Formaba parte del Directorio del partido autonomista histórico que presidía el Sr. Fernández Juncos, y cuyos elementos constituyen ahora la vanguardia de la Unión.

Francisco del Valle Atites

(Alcalde de la capital)

Es uno de los portorriqueños más ilustres por su ciencia, su ingenio y su laboriosidad.

Nació en la capital de Puerto Rico; estudió Medicina con gran aplicación en Cádiz; se graduó de doctor en la Universidad de Madrid; practicó con gran éxito en varios hospitales de España y Francia, y regresó á su país, precedido de merecida fama profesional.

Ya en Puerto Rico, ejerció su honrosa y humanitaria carrera con gran provecho, figurando siempre á la cabeza del movimiento científico. Sus valiosos estudios de higiene y climatología, no solamente ilustraron sobre puntos importantes de la ciencia médica antillana, sino que le valieron el título de miembro honorario de la Sociedad de Higiene de París. Es, desde hace muchos años, el primer higienista portorriqueño.

Una vez afianzada su fama profesional, compartió sus trabajos intelectuales entre otros ramos del saber.

Obtuvo la Licenciatura en Ciencias Naturales, ejerció el alto magisterio en el Instituto Civil y en la Institución de Estudios Superiores, perteneció durante muchos años á la Real Subdelegación de Medicina y Cirugía de Puerto Rico, y en la actualidad es profesor de Higiene pública y privada en la Institución de Educación Popular.

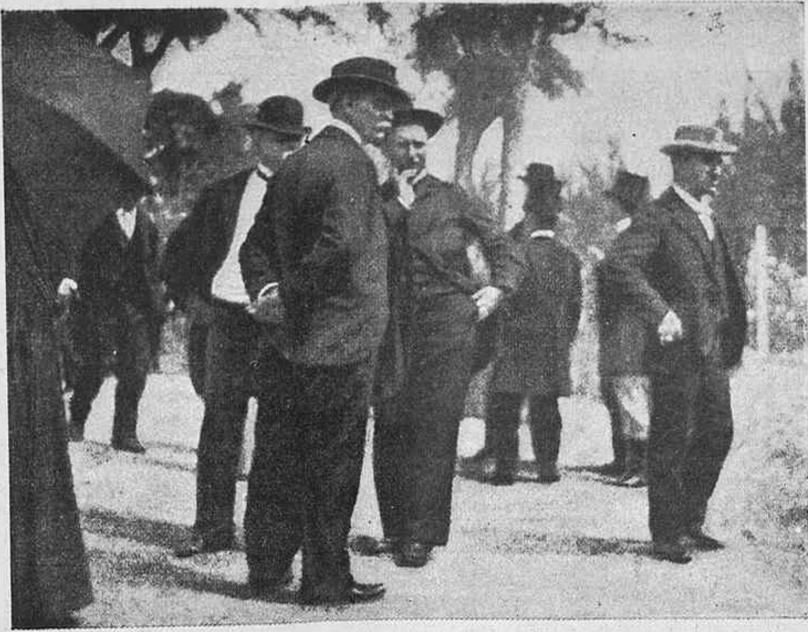
Como publicista colaboró brillantemente durante muchos años en *El Buscapé* y la *Revista Portorriqueña* de Fernández Juncos, de quien es amigo queridísimo; escribió entre otros varios libros uno de gran mérito, que fué laureado por la sección de Ciencias Morales y Políticas del Ateneo.

La cena, cuadro de Juan Bautista Tiépolo. — La historia ha colocado en el número de los grandes maestros á este ilustre pintor italiano que nació en Venecia en 1693 y murió en 1770 en Madrid, adonde había ido llamado por Carlos III para decorar algunas de las bóvedas del palacio real. Desde la edad de diez y seis años, en que empezó á conquistar merecida fama, hasta su muerte, su carrera fué una serie no interrumpida de triunfos, de los que son elocuente testimonio las admirables obras que en templos, palacios y museos se conservan como valiosas joyas. Sus cuadros se distinguen por la delicadeza de sus tonos, cualidad que les presta un encanto de que hay muy pocos ejemplos y que puede apreciarse en la reproducción que publicamos de *La Cena*.

Isla de Cuba. — Los tres grabados que publicamos en esta página y en la siguiente son otros tantos detalles curiosos que completan la información gráfica acerca de la voladura del *Maine*: en el primero vemos á tres oficiales de este buque que regresan del sitio en donde están los restos del mismo; los otros dos reproducen el lugar en donde están enterradas en el cementerio Cristóbal Colón de la Habana las víctimas de la catástrofe y un grupo formado por el cónsul Lee, el capitán Sigsbee, que mandaba el *Maine*, y el capellán Chidwick en el cementerio Cristóbal Colón en el acto del entierro de aquéllas.

Estados Unidos. Alistamiento de voluntarios para la escuadra del Norte del Atlántico. — Los grabados que publicamos en la página 223, además del interés de actualidad que ofrecen, resultan curiosos en extremo porque nos dan perfecta idea de cómo se efectúa la recluta para la marina de guerra en los Estados Unidos. Por las noticias que han publicado periódicos de distintos países sabíamos que la marina norteamericana se compone de los elementos más heterogéneos, y los grabados referidos, de cuya autenticidad no podemos dudar porque están tomados de una de las más importantes ilustraciones neoyorkinas, son la mejor confirmación de que los Estados Unidos no disponen de una marinería numerosa, homogénea y disciplinada, y de que cuando llegan circunstancias excepcionales, como las presentes, no vacilan en echar mano de todo lo que se les ofrece, sin mostrarse muy exigentes en la elección, á fin de dotar á toda prisa á sus buques de las tripulaciones necesarias para hacer frente á todas las contingencias. Este sistema de alistamiento es de tal naturaleza, que en nuestro concepto huelgan todos los comentarios.

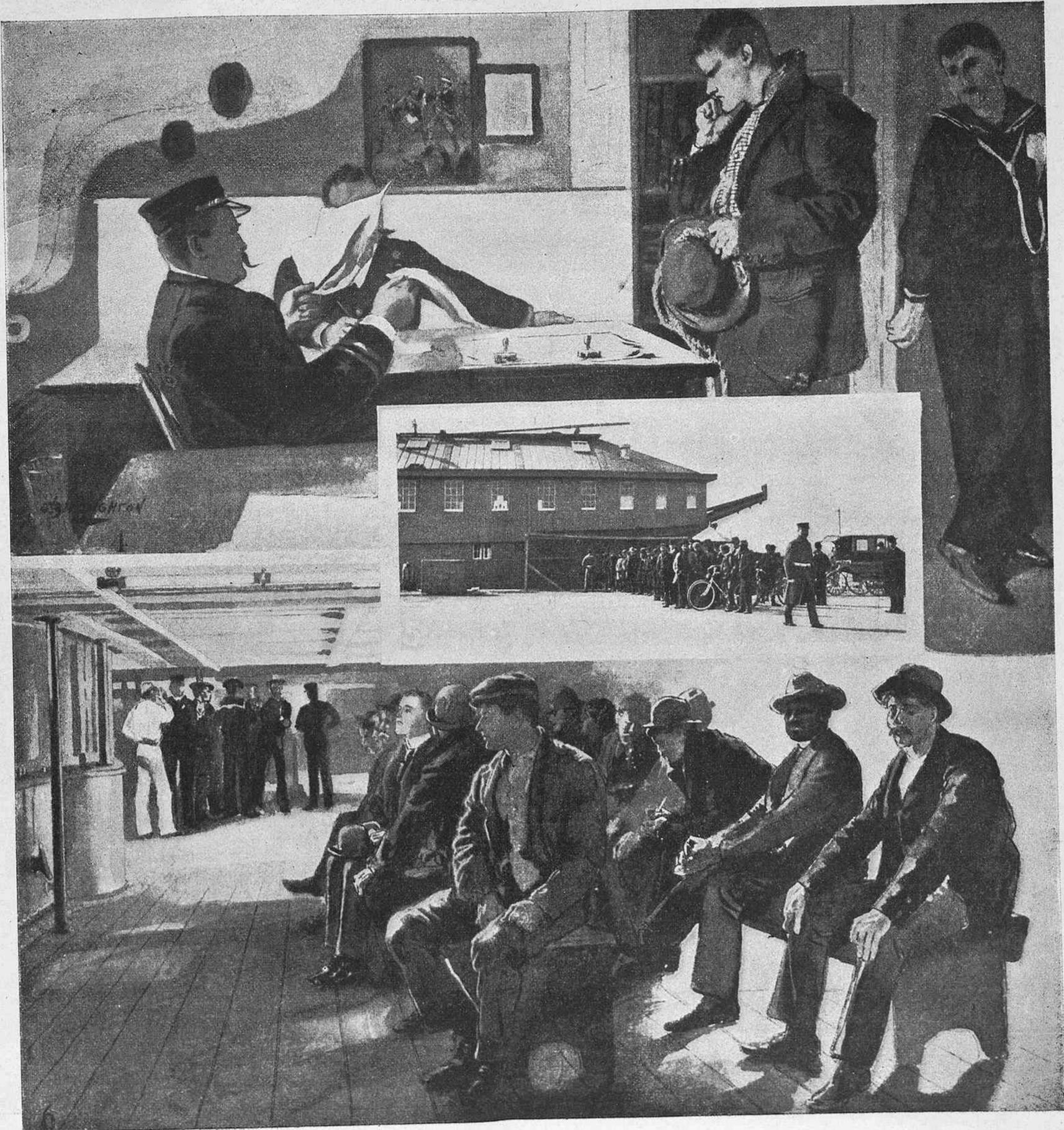
¡Amaos los unos á los otros como hermanos! cuadro de Enrique Danger. — De todos los preceptos que salieron de los labios del Salvador pocos han sido tan olvidados por la humanidad como el que recomendaba á los hombres que como á hermanos se amasen. Esa fraternidad universal, predicada por Jesucristo, no ha podido ser una realidad en los diez y nueve siglos transcurridos desde su venida al mundo, y mucho han de cambiar los individuos y los pueblos para que aquel sublime principio sea algo más que un ideal acariciado por algunos hombres de buena voluntad. ¡Bien ha fastigado la transgresión del divino mandato el autor del cuadro que reproducimos! Su grandiosa composición no necesita ser explicada, pues el pensamiento profundo en que se inspira surge tan naturalmente de la contemplación del lienzo, que el menos lince al ver aquel campo sembrado de cadáveres y de restos de sangrienta batalla, aquellas nubes de humo y la silueta del Calvario, en donde el hijo de Dios consumió el más grande de los sacrificios, comprenderá la expresión de tristeza del Redentor á la vista de tantos horrores y la amargura con que recuerda las hermosas palabras que encierran una de sus más grandes enseñanzas.



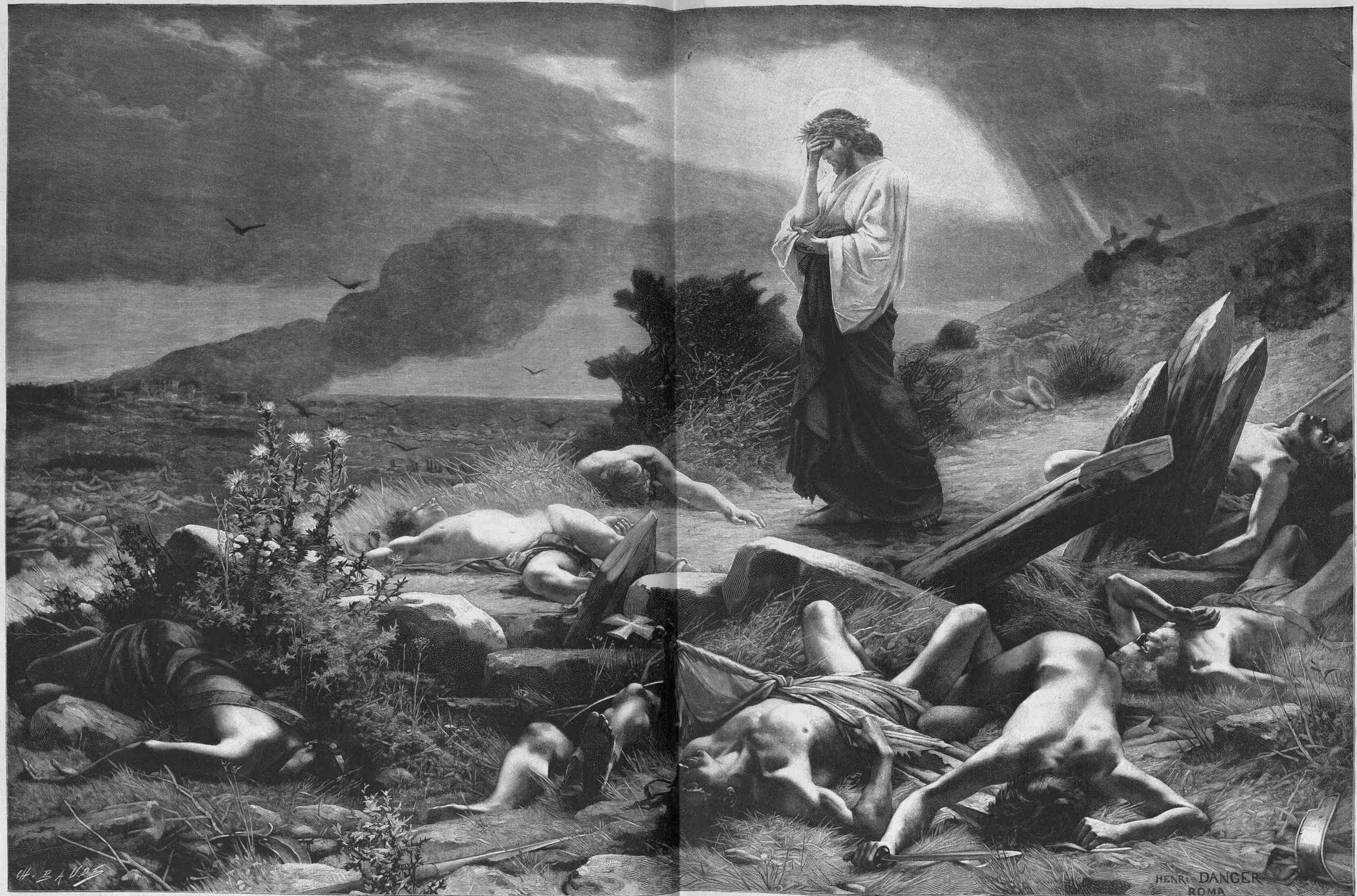
ISLA DE CUBA. - El cónsul Lee, el capitán Sigsbee y el capellán Chidwick en el cementerio de la Habana durante el entierro de las víctimas del *Maine* (de fotografía)



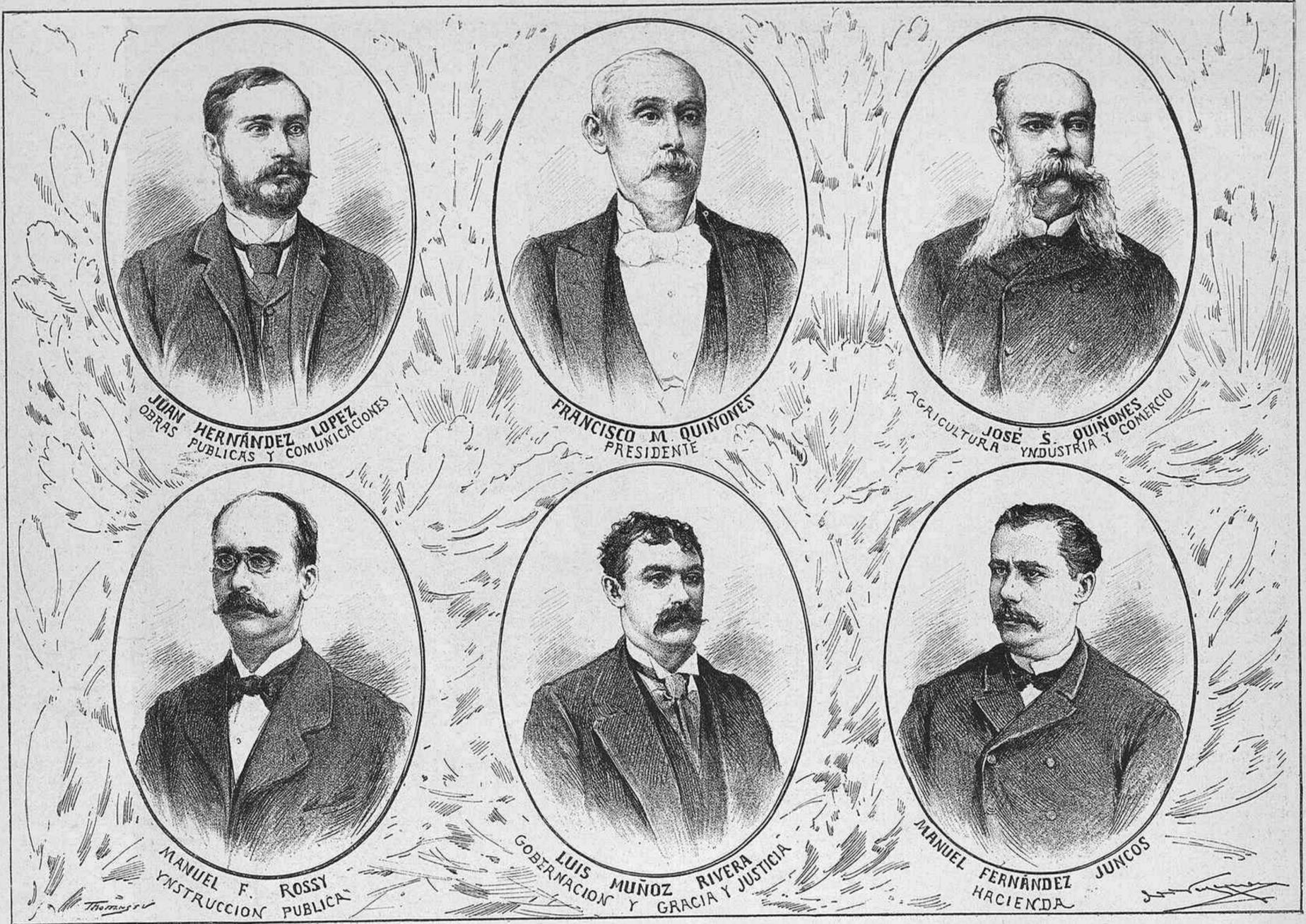
ISLA DE CUBA. - Tumbas en donde están enterradas las víctimas del *Maine* en el cementerio Cristobal Colón de la Habana (de fotografía)



ESTADOS UNIDOS. - ALISTAMIENTO DE TRIPULANTES PARA LA ESCUADRA DEL NORTE DEL ATLÁNTICO. - OFICIAL EXAMINANDO LA DOCUMENTACIÓN DE UN VOLUNTARIO Á BORDO DEL «VERMONT,» EN BROOKLYN. - VOLUNTARIOS ESPERANDO TURNO PARA ALISTARSE EN EL «RICHMOND,» EN LEAGUE ISLAND. - VOLUNTARIOS ALISTADOS ANTES DE PRESENTARSE Á LA COMISIÓN DE EXAMEN.



¡AMAOS LOS UNOS A LOS OTROS COMO HERMANOS...!, CUADRO DE ENRIQUE DANGER, GRABADO POR CARLOS BAUDE



PUERTO RICO. - EL PRIMER GOBIERNO DE LA AUTONOMÍA (dibujos de Vázquez, tomados de fotografías)

Magdalena ante el cadáver de Jesucristo, cuadro de Arnoldo Bocklin. - En distintas ciudades de Suiza y de Alemania se han celebrado recientemente varias exposiciones de obras de Arnoldo Bocklin en conmemoración del septuagésimo aniversario del nacimiento de este ilustre artista, cuyos excepcionales méritos reconoce el mundo entero. Bocklin nació en Berna en 16 de octubre de 1827, comenzó en Dusseldorf sus estudios, que luego perfeccionó en Bruselas, y en 1848 hizo un viaje a París y en 1850 otro a Roma. Llamado a Hannover para adornar con cinco cuadros el

vive actualmente, viejo por su edad, pero joven todavía a juzgar por su inspiración inagotable y por su prodigiosa laboriosidad. Aunque Bocklin se ha dedicado especialmente a la pintura de escenas mitológicas y de cuadros fantásticos en donde abundan sirenas y tritones, ha cultivado también el género religioso, y el lienzo que reproducimos en la página 232 es elocuente prueba de que si ha producido grandes obras dejándose llevar de su imaginación soñadora de poeta, no menores bellezas han salido de su pincel cuando ha guiado su mano la fe del creyente.

MISCELÁNEA

Teatros.—En el teatro Berlínés de la capital de Alemania se está representando con gran éxito un ciclo de obras de Shakespeare.

Barcelona.—Se ha estrenado con buen éxito en el teatro Principal *Vents d'oratge*, interesante drama en tres actos de D. Luis Quer y D. Buenaventura Sanromá y Quer. Se han publicado las listas de la compañía que en la presente temporada de primavera ha de actuar en el Liceo, en la cual figuran artistas tan reputados como la Sra. Darclée y los Sres. Mariacher y Bonci: las representaciones comenzarán con la ópera de Puccini *La Bohème*.

Madrid.—En el teatro Español se ha estrenado *El padre Juanico*, hermoso drama en tres actos de Angel Guimerá que los críticos de la corte califican de una de las mejores producciones del ilustre vate catalán, y que ha sido el mayor éxito de esta temporada y uno de los más grandes presenciados en estos últimos años en el clásico coliseo. En el Real, en donde se ha cantado con aplauso *Il Gladiatore*, ópera en un acto y dos cuadros del maestro italiano Sr. Orifice, se celebró en la noche del jueves próximo pasado una función patriótica organizada por la empresa de aquel teatro con la cooperación gratuita de distinguidos artistas españoles y extranjeros y patrocinada por la aristocracia, las corporaciones oficiales y particulares, sociedades, centros y, en una palabra, por el pueblo entero madrileño, cuyos productos íntegros se destinan al fomento de la marina de guerra española. El éxito de esta función ha superado a las esperanzas de los más optimistas: el teatro estaba completamente lleno, el entusiasmo fué inmenso y los artistas señoras De Macchi, Salvador y Gasull y Sres. Blanchart, Bonci, Calvo, Bertrán y Casañas que tomaron parte en la ejecución del primer acto de *La Favorita*, del segundo de *Los Puritanos* y de varias piezas de ópera sueltas, así como el maestro Goula, que dirigió la *Gallia* de Gounod, cantada por toda la compañía, artistas, alumnos y alumnas del Conservatorio, fueron objeto de grandes ovaciones. El entusiasmo subió de punto en el cuadro final, alegoría de España y de sus glorias; el público en masa, de pie y agitando las señoras los pañuelos, prorrumpió en frenéticas aclamaciones vitoreando a España y a la familia real que ocupaba el palco regio, ofreciendo en aquellos momentos la sala un espectáculo imponente. En cuanto a los re-

sultados pecuniarios, la cantidad recaudada se aproxima a un millón de pesetas; las localidades se cotizaron a precios fabulosos, habiendo un particular, D. Martín Esteban, pagado 250.000 pesetas por un palco y habiéndose satisfecho por algunas entradas de paraíso 5.000.

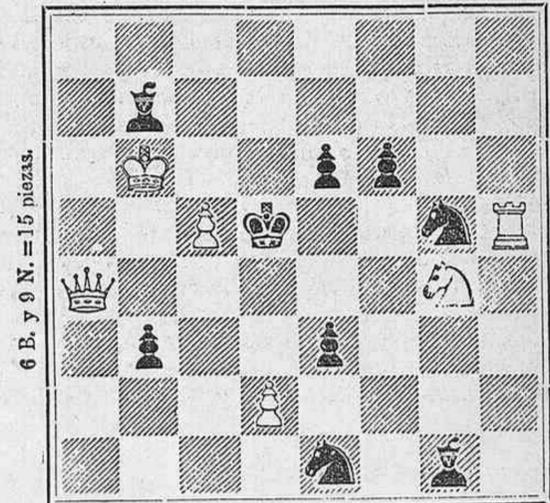
Numerosos imitadores tratan de establecer una confusión entre sus productos y la verdadera **CREMA SIMON**; exíjase el nombre del inventor.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 114, POR K. KONDELIK (Hungria)

Mención honorífica del Concurso organizado por la Revista *Ruy López*.

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 113, POR M. FEIGL

- | | |
|--------------|-----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. C3D | 1. C toma A (*) |
| 2. D7D jaque | 2. R juega. |
| 3. C mate. | |

(*) Si 1. C7AD; 2. C2D, C toma A ú otra; 3. D7D mate; -1. R5K; 2. C5AD jaque, y 3. C3K mate; -1. C5AD; 2. D toma PCD jaque, y 3. D mate; -1. P5CR; 2. C4AR jaque, y 3. C3CR mate. La amenaza es 2. C3K jaque, y 3. C5AD ó D mate.



D. FRANCISCO DEL VALLE ATITES, Alcalde de San Juan de Puerto Rico (de fotografía)

comedor de una hermosa quinta de recreo, ya en estas composiciones demostró sus tendencias al género fantástico, que confirmó poco después en una obra, *Pan*, que expuso en Munich, adonde se había trasladado en 1856 y en donde fué muy protegido por el conde Schack. En 1858 nombrósele profesor de la Escuela de Bellas Artes de Weimar, cargo que renunció al cabo de tres años para hacer una larga excursión por Italia. Desde 1866 a 1871 estuvo en Basilea, ejecutando allí, entre otras obras, varias pinturas mitológicas para la escalera del Museo, regresando luego a Munich y trasladándose en 1874 a Florencia. Once años vivió allí «bebiendo la belleza del paisaje, de la vida y del arte meridionales,» como dice uno de sus biógrafos, y en 1885 establecióse en Zurich; pero Italia atraíale con encanto irresistible, y en 1892 volvió a Florencia, en donde



¡Ah! El paladar me ha perdido, dijo Mauglas llenando las copas de champagne

EL SOSTÉN DE LA FAMILIA

NOVELA DE ALFONSO DAUDET. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Era, en efecto, el papel que usaba la señora de Valfón, su letra infantil y su sentimental divisa, «En todos los instantes de mi vida,» que había tomado de una célebre enamorada. Pero aun en sus más ardientes expansiones, que sepamos al menos, la seño-

rita Lespinasse no llegó al lirismo apasionado que palpitaba en aquellas líneas íntimas que habían caído en manos del marido y que él exhibía una por una en el mármol del tocador, señalando ciertos párrafos á la joven estupefacta y espantada.

Valfón no parecía muy emocionado ante las pruebas de su reciente deshonor; pero ¿cómo se las había procurado? La mayor parte de las cartas no tenían sobre ni siquiera dobles y algunas no estaban terminadas. Parecía que un escrúpulo, una vacila-

ción había impedido enviarlas en el último momento. Pero, entonces, ¿cómo estaba el marido en posesión de aquellas armas peligrosas? La pobre Florencia se sintió invadida por una angustia repentina y tembló por su madre, á la que veía entre las manos de aquel hombre perverso. El cielo de sus ojos palideció y sus grandes cejas negras se agitaban como alas agonizantes. Valfón sintió lástima, una lástima superficial, hacia aquel ser tan delicado é inofensivo. Puso en orden las cartas y dijo muy bajo mientras se erizaba su bigote gris:

— Soy un lobo viejo, hija mía, y hay que desconfiar de mis dientes.

Florencia, en seguida, no tuvo más que una idea: peinarse, ponerse el traje mal ó bien, á pesar de las protestas de la modista, y entrar volando en el cuarto de su madre, á la que encontró dispuesta para meterse en el coche: estaba radiante y joven, llevaba un vestido de raso recamado de plata, cinco hilos de enormes perlas alrededor del cuello y cubrían sus brazos mitones en vez de guantes, para dejar ver las alhajas que llenaban sus dedos. Entre la alta judería de Burdeos eran legendarios los brillantes de la Marqués. Empeñados con mucha frecuencia para pagar deudas de juego de Valfón, cuando éste llegó á ser hombre de Estado y manipulador de fondos secretos, hizo venir todo lo «de allá,» como decía por eufemismo su mujer, y el Monte de Piedad dejó de ver aquellas maravillas.

Cuando entró Florencia, la mirada de su madre le salió ansiosa al encuentro.

— ¿Qué hay?

La señora de Valfón había siempre presentado ese suceso horrible, del que las dos mujeres no hablaban nunca ó casi nunca, y su corazón se alarmaba fuertemente al más ligero fruncimiento de cejas de su hija. Florencia se aproximó y quiso decir lo que había pasado; pero al ir á pronunciar la primera palabra, se detuvo confusa. Estaban, sin embargo, solas en la habitación, pues si bien andaba de un lado para otro la enorme Zizi, la vieja mulata de la señora de Valfón, que estaba recogiendo las cajas y los efectos de su ama, la presencia de aquella mujer no estorbaba á la joven; pero la joven se moría de vergüenza ante la idea de decir á su madre que su secreto había sido descubierto.

Era, sin embargo, preciso hablar, ponerla en guardia; así es que haciendo un supremo esfuerzo le dijo:

— Pronto, mamá... ¿Dónde pones las cartas que recibes y las que tú tienes empezadas?

— Allí, en mi mueble inglés.

La señora de Valfón, ya turbada sin saber por qué, señalaba un delicioso escritorio, provisto de tablas y de cajones, uno de esos muebles que solamente se fabrican en Londres y que parecen todos destinados á un camarote de un vapor.

Florencia siguió preguntando:

— ¿Tienes la llave?

— La llevo siempre conmigo.

La Valfón se quitó del gancho del abanico — aquel año se llevaban colgados á lo largo de la falda — una microscópica llavecita de oro que nunca abandonaba y que llevaba siempre prendida, ya en una pulseira, ya en el reloj. Inmediatamente cogió del escritorio una carterita de taflete blanco y repasó los papeles que contenía, primero muy de prisa y después hoja por hoja, palideciendo á medida que avanzaba en su examen.

— No busques más, dijo Florencia en voz baja; él tiene tus cartas; acabo de verlas.

— ¡El miserable! Con una llave falsa, entonces...

— Pero, mi pobre mamá, ¿haces borradores cuando escribes?

La madre balbuceó muy confusa:

— No soy francesa, bien lo sabes, y no encuentro las palabras con tanta facilidad como vosotros. Para enviar un carta tengo siempre que escribir tres ó cuatro.

La verdad era que la pobre mujer se esforzaba y no hallaba nada bastante noble, bastante poético para responder á las hermosas frases sentimentales de su Raimundo. Acostumbrada desde los tiempos lejanos del liceo de Luis el Grande á clasificar al amigo de su hijo entre las más privilegiadas inteligencias, Raimundo entraba actualmente para ella en la serie genial de los que la portuguesa llamaba los literatos, y cuando le escribía formaba varios proyectos de carta y olvidaba siempre hacer desaparecer las no enviadas. De este modo Valfón había tropezado con ellas un día en que estaba registrando los cajones de su mujer, lo que sucedía frecuentemente desde que la Cámara estaba tratando de la ley Naquet y de la cuestión del divorcio.

— ¡Pobre mamá!, suspiró Florencia.

— ¡Oh! En cuanto á mí nada temo, repuso su ma-

dre. Me ha hecho ya todo el daño que podía hacerme y no me asusta el que aún me pueda causar... Pero pienso en ti; por ti es por quien tengo miedo. Cuando yo no esté á tu lado para defenderte...

— Sí tú no estuvieras aquí, no habría ya razón para estar yo, dijo la joven arrojándose en los brazos de su madre.

En este momento llamaron á la puerta violentamente. Valfón, sin entrar, exclamó con su voz dulzarrona y voluntariosa.

— Vamos, hijas mías; vamos á comer en Inglaterra y allí no pasa como en París, sino que se llega á la hora en punto.

Al mismo tiempo que hablaba escudriñaba la fisonomía de su mujer. ¿Estaba enterada de todo? ¿La habían avisado? En las alternativas de luz y de sombra de aquella gran habitación, con el traje extraordinario de aquella noche, con la cara empolvada y envuelta entre encajes, era difícil sorprender los rasgos de aquel rostro y darse cuenta de sus impresiones. Pero una vez fuera, cuando el coche ministerial rodaba por los muelles y después por el puente de la Concordia, donde flotaba aún la luz del día en torno de los puntos amarillentos de los faroles, cualquiera se hubiera admirado al ver la hermosa serenidad de las dos mujeres y el brillo de sus ojos tan límpidos como sus diamantes. De seguro, Florencia no había tenido tiempo de hablar. Por dueña de sus nervios que sea una mujer de mundo en un día de grande y aparatosa comida, una explicación tan grave tiene necesariamente que dejar más huellas. Sin embargo, cuando el carruaje atravesaba la plaza de la Concordia en dirección al *faubourg Saint-Honoré* y á la embajada, el ministro dijo en voz alta: «¡Calla; Raimundo Eudeline!» é inclinándose para ver con quién iba el joven, le pareció que la cara de su mujer se había puesto pálida y estremecióse rápidamente.

Raimundo se estaba paseando por delante de la verja de la Cámara esperando á su protector Marcos Javel, cuando vió acercarse á Mauglas, siempre el mismo con sus guantes pajizos y su sombrero flexible; impudente, velludo, gruesas mejillas y aspecto de cantante de provincias. El antiguo vecino de Izoard salía del ministerio de Negocios extranjeros y abordó con desenvoltura á Raimundo.

— ¡Mi querido amigo! Tengo el honor... ¿Cómo están en Morangis? ¿Y la señorita Genoveva?

El joven hubiera querido no responder, avergonzado de tal compañía y experimentando al contacto de la mano que le tendían una molestia física; pero ¿qué hacer?, no es cosa fácil no contestar á un hombre que nos interpela con tal aplomo y cuya mirada cínica y despreciativa nos rebaja hasta su nivel. Raimundo trató de contener al miserable á cierta distancia por medio de un saludo ceremonioso y con la explicación de lo que hacía allí.

— Conozco bien á su Marcos Javel de usted, dijo en tono bufón Mauglas mientras encendía la pipa de madera, que nunca le abandonaba. ¿Quiere usted que le recomiende?

Raimundo le dió las gracias y le dijo que hacía tanto tiempo que estaba allí esperando, que no podía ya tenerse sobre las piernas y prefería dejar la entrevista para el día siguiente.

— Entonces es usted mi presa, bello joven, dijo el polizonte, que estaba leyendo corrientemente en aquella frente cándida el deseo de desembarazarse de él.

Y apoyando un brazo en el del joven, añadió:

— Sí, señor, me le llevo á usted á comer. No diga usted que no, porque es una obra de caridad la que le pido.

Mauglas dijo estas últimas palabras con una emoción de hombre de buena fe, entre contenida y comunicativa. Raimundo se dejó llevar, y aunque furioso por su debilidad, se esforzó en convencerse, con la tontería y la vanidad de sus cortos años, de que cedía á un movimiento de lástima, de generosidad. «¿Con qué derecho — se decía — podía yo humillar á un desgraciado, ya tan maltrecho? Yo no soy su juez... Y luego, ¡tiene tanto talento! ¡Mil francos cada cuartilla en la *Revista!*...» Por otra parte la tarde caía y reinaba esa indecisión crepuscular tan favorable á los compromisos de conciencia y á las concesiones de las almas cobardes.

El restaurant de los Campos Elíseos al que Mauglas condujo su presa — ¿cómo no hirió el oído de Raimundo aquella palabra *presa?* — tenía como anexo en sus buenos tiempos un café concierto muy en boga que animaba con los rumores de la multitud, con sus sonoridades y con sus candelabros todo aquel lado de la avenida Gabriel. La estación no era todavía á propósito para permanecer al aire libre, y no se veían en el restaurant, envuelto en la sombra y en el silencio, más que dos ó tres gabinetes particula-

res que aventuraban su luz equívoca entre el follaje.

Las reverencias de los mozos á la aparición del recién llegado, la sonrisa de la señora del mostrador, la mesita alumbrada por velas con pantalla como las mesas de juego y colocada en una solitaria galería cubierta de cristales; hasta el cocido casero, que no se encuentra más que en provincias; hasta el excelente y humeante abadejo como en las buenas fondas de Londres y de Amsterdam; todo denunciaba al parroquiano, al fino gastrónomo, orgullo y satisfacción de los antiguos establecimientos parisienses en los que todavía se sabe comer.

— ¡Ah! El paladar me ha perdido, decía Mauglas, llenando las copas de champagne, vino fresco y no *champanizado*, que acababa de brotar del racimo. He conocido demasiado pronto lo que era bueno y no he sabido prescindir de ello. Escucha esta historia, pequeño, que vale la pena... Es la confesión de un agente de policía secreta.

Raimundo le miró con espanto. ¡El desgraciado reconocía, pues, su infamia! ¿Y le habría llevado á comer para hacerle aquella confesión? ¿Con qué objeto? ¿Lo hacía por remordimiento ó por el deseo, tan humano, de aliviarse contándolo todo? La vanidosa juventud del confesor estaba muy dispuesta á admitir esta suposición. Pero viendo aquel singular penitente, con la servilleta al cuello, que confesaba sus culpas mientras comía con tan magnífico apetito, ¿cómo pensar que el remordimiento entrase por algo en sus expansiones?

Antes de retirarse en Morangis, donde los había conocido Raimundo, los padres de Mauglas tenían cerca de Saint-Lo, en Normandía, una posada de carreteros al lado de un camino. Ciertas fritadas que hacía la madre, la tenca en salsa y la sopa de cangrejos, daban á la casa renombre de buena hostería, y Mauglas padre, maestro pastelero, no tenía igual en la galleta normanda con torreznos fritos... En el buen tiempo, los vecinos acomodados de los alrededores organizaban comidas en casa de los Mauglas, y el viejo Denizán, el escribano más antiguo de la ciudad, iba allí todos los domingos á la hora de almorzar con su violín y sus dos hijas. Días benditos para el pequeño Mauglas eran aquellos domingos que pasaba revolcándose en la paja con Rosa y con Pulqueria y escuchando las hermosas piezas de música del Sr. Denizán, vales de Brahma ó mazurcas de Chopín, que el muchacho retenía y recordaba toda la semana y que tarareaba desde la mañana hasta la noche mientras se paseaba solo por los campos inmediatos.

Era el tal, sin embargo, un mozo sólido y pesado, de inteligencia precoz, pero de una holgazanería que no podía él mismo sacudir. Friolero y goloso, permanecía horas enteras en la cocina espumando el puchero, probando el primer caldo y extasiándose en la contemplación del asador, que ofrecía á su glotonería el buen olor de sus jugos y de sus asados. El Sr. Denizán consiguió, sin embargo, de la madre, muy satisfecha hasta entonces de tener entre las faldas al voluminoso aprendiz de pastelero, que el muchacho fuese enviado al colegio de Saint-Lo, y después, en vista de sus éxitos de clase, que fuese á terminar los estudios á París, como pensionista de un gran liceo.

Durante las vacaciones el joven Mauglas se volvía á encontrar con la señorita Rosa, que crecía cada vez más fresca y robusta, pero que, privada desde muy joven de su madre y falta de toda vigilancia, apenas sabía leer á los diez y siete años y se dejaba revolcar en la paja como cuando tenía doce. La hermana mayor, la señorita Pulqueria, víctima de una afición demasiado viva por los húsares, daba de ella una nueva prueba todos los años á algún oficial del regimiento acuartelado en Saint-Lo. Cuando la guerra del 70 hizo desaparecer aquellos lindos húsares de casaca de avispa, uno de los pasantes del Sr. Denizán ocupó cerca de la hija la plaza que había dejado vacante el último oficial del regimiento; pero, menos escrupuloso, se escapó con ella llevándose la caja de Denizán.

Mauglas hijo, en París á la sazón, se alistó en los tiradores de Chabaud-Molard, y durante todo el asedio hizo una vida de bohemio y de Robinsón en las aldeas desiertas, en los grandes jardines abandonados, saqueando corrales, bebiendo buen vino robado y saboreando esa deliciosa borrachera del peligro que agranda los paisajes y da importancia é interés á los más pequeños episodios.

Cuando París se rindió, cuando las puertas de la ciudad se abrieron y nuestro hombre se volvió á encontrar en la cocina de su padre oyendo el relato de las miserias sufridas durante su ausencia, ¡qué pesada, qué insípida y qué incolora le pareció la existencia! Los caminos, faltos del acarreo acostumbrado, estaban llenos de tropas desbandadas, especie de

langosta que devoraba hasta las cortinas de las ventanas. Por dos veces unos soldados alojados prendieron fuego á la posada, y en Saint-Lo, en casa de los Denizán, las cosas fueron todavía peor. El padre murió á consecuencia del disgusto que le produjo la fuga de su hija mayor, y el estudio salió á la venta y fué comprado á bajo precio por la Compañía de los procuradores. No le quedaron, pues, á Rosa más que los muebles de su cuarto de soltera y unos cuantos rollos de monedas de oro en el fondo de un cajón, del que sacaba á ojos cerrados sin reponer jamás ni un céntimo.

Mas como quiera que Rosa era una linda muchacha y tenía seis ó siete mil francos en dinero contante, el joven Mauglas creyó hacer un negocio excelente casándose con ella. Los recién casados fueron á instalarse en Montmartre, en un cuarto amueblado de la calle Lepic.

(Los acordes de una música que sonaba en la enramada próxima interrumpieron el relato de Mauglas, que creyó al pronto que estarían ensayando en el café-concierto próximo; pero un mozo le sacó de su error.)

— No, señor; no han empezado todavía los ensayos. La música que ustedes oyen es la banda de la Guardia Republicana que está tocando ahí enfrente, en la embajada de Inglaterra.

«Es verdad — pensó Mauglas; — esta noche hay recepción... En esa comida diplomática se tratará de mí.»

Después dijo de repente dirigiéndose á Raimundo: — Vuelvo á mi historia. Estoy impaciente por explicar á usted el cómo y el porqué de mi entrada en la *Tienda*.

Raimundo no comprendió.

— Sí, hombre, la *Tienda*..., vamos..., la policía. «Iba á hacer dos años que estábamos en el barrio Latino Rosa me había obsequiado con dos encantadores mellizos de los que al principio se encargaron los abuelos; pero pronto nos los enviaron con la nodriza porque allí no marchaban bien los negocios y todo el mundo se moría de hambre. Con esto tuve tres bocas que alimentar. Para colmo de dicha, Pulqueria, la hermana de mi mujer, abandonada por su pasante de escribano, apareció un día en mi casa sin un cuarto y sin camisa, pero con un repuesto de vicio y de estupidez bastante para surtir á todo el barrio. Era, como su hermana, una hermosa muchacha, y pasaba las noches en las tabernas, donde era conocida con el nombre de la Normanda. Como tenía el aplomo de citarme por fiador, había que estarla reclamando continuamente en la prevención, hasta que un día desapareció, llevándose toda la ropa de mi mujer, que se quedó sin faldas y sin poder salir á la calle en más de un mes.

«Los siete mil francos del estudio habían pasado ya á la historia, y para atender á los gastos de mi casa había tenido que vender mi reloj, mis gemelos y hasta los papeles de música y el violín de Denizán. Algunos periódicos me tomaban original, generalmente biografías de músicos célebres; pero me pagaban tan mal y á mí me costaba tanto esfuerzo el escribir... Esa ha sido siempre mi debilidad; esa depuración de todo lo que hago, esa necesidad de pulimentar con papel de lija todas las palabras de mis frases, por no encontrarlas nunca bastante agudas, bastante brillantes. Añada usted á esto mi manía de la brevedad, de la concentración, que era también la manía de Wolf, el amigo de Goethe, el cual Wolf pretendía que toda fórmula, por sutil y complicada que fuese, debía caber en una uña si había de tener su verdadera expresión. ¡Singular locura la de buscar las frases más cortas y la de estrechar los renglones, en un hombre que vive de su pluma á tanto la línea y hace vivir de eso á otras muchas personas!

«Una vez hice un retrato bastante feroz del presidente de la República en un periódico radical en el que escribía por primera vez, y tuve que ir á ver á Valfón, que era entonces director del servicio de seguridad en el ministerio del Interior, para suplicarle que no hiciese responsable de mi torpeza al periódico. Valfón se rió de mí en mis barbas, y me dijo que aquella gente se burlaba de mí. Aseguró que yo tenía un gran talento del que no sabía servirme, y que si quería ser serio y salir de la miseria de una vez y para siempre, me procuraría una posición fácil y lucrativa, que me pondría en condiciones de prestar grandes servicios al Gobierno, informándole del verdadero espíritu de la opinión pública.

— «Vea usted lo que le conviene; reflexione usted, me dijo; y si mis palabras le han convencido, váyase á ver de mi parte al Sr. Leboucart, en la prefectura de policía; él indicará á usted lo que tiene que hacer.

«Consulté con mi mujer, por guardar las formas, y Rosa me respondió:

— «Amigo mío, haz lo que quieras; pero tú no entiendes gran cosa de ese oficio de escritor en que te has metido. No ganas casi nada y somos ocho ó diez personas las que tienes que mantener. En estas condiciones veo difícil que salgas adelante, si no cambias de profesión.

«Era cierto; en mi casa estaba siempre la mesa puesta para una cuadrilla de borrachos y de glotonos cuya pereza se sustentaba de adular la mía. Los unos traían á los otros, y las sopas de la mujer de Mauglas llegaron á ser famosas hasta en las alturas de Montmartre.

«Mi mujer, verdadero temperamento de holgazana, gustaba hasta el extremo de estarse de una comida á otra sin levantar la mesa, charlando con los codos sobre el mantel, y adoraba aquella existencia de pereza y de glotonería que mi sueldo de *indicador* — me ofrecían setecientos francos al mes — nos permitiría continuar indefinidamente. Al primer golpe de vista, el oficio no presentaba gran dificultad, puesto que estaba resumido en dos palabras: escuchar y referir. En todas partes donde estuviere, en el café, en el círculo, en los salones, debía abrir el oído, coger al vuelo las conversaciones, las noticias, y hacer de ellas un breve informe que el jefe comprobaría con los de otros muchos de mis colegas de periodismo que vivían, según me aseguró Leboucart, del mismo oficio que yo y no creían rebajarse ni comprometerse sirviendo honradamente á un gobierno honrado... Vacilé durante algún tiempo, y por último, un fin de mes de mucho apuro Leboucart me prestó mil francos para devolvérselos cuando y como quisiera. Así quedé cogido...

«Mis informes tenían éxito en la *Tienda* porque eran cortos — la influencia de Wolf — y porque no los bordaba. Aquella tarea me divertía. Encargado al principio de vigilar los congresos socialistas de Gante y de Lugano y la Internacional de Ginebra, aproveché la ocasión para visitar museos y países sorprendentes que nunca había visto más que en sueños. Una vez tomadas mis notas y expedido mi informe, trabajaba por mi cuenta. En el cuarto de una posada de puerta sombreada por una fresca parra, y junto á una ventana que daba sobre el lago de Lugano, bordeado de blancas casitas, escribí el primer capítulo de mi *Psicología de la orquesta*, que publicó la *Revista* y me dió á conocer en seguida.

«Leo en sus ojos de usted lo que está pensando, joven. ¿Y el remordimiento?

«A fe mía, el remordimiento me dejó bastante tranquilo. Cuando asistía en Holanda á las conferencias de Karl Marx, de Bakounine y de otra porción de charlatanes españoles, italianos y hasta franceses, cuyas ideas políticas y sociales transcribía, anotando las rivalidades, las pequeñeces y toda la historia íntima del Congreso; cuando en Génova y en Milán los amigos de Mazzini y de Garibaldi me hablaban de sus proyectos y me entregaban la Italia revolucionaria para que yo enviase sus confidencias á altos lugares, mi conciencia no se alarmaba en lo más mínimo. Sólo más adelante, á consecuencia de ciertas cuestiones individuales, el oficio se volvió duro por culpa sobre todo del jefe, de aquel siniestro Leboucart, que no soñaba más que con conspiraciones y represalias y que quiso transformarse de indicador en provocador.

«¡Ah, el malvado! ¡Si yo le hubiera hecho caso, qué carnicería, qué cañoneo de un extremo á otro de Francia! Cada uno de mis informes daba ocasión á escenas en las que me trataba de pusilánime y de imbécil y me amenazaba con quitarme el sueldo. De buena gana le hubiera cogido la palabra; pero tenía detrás de mí toda mi tribu, más desordenada que nunca.

«Mi cuñada Pulqueria había vuelto más embrutecida que antes; nuestros dos hijos cayeron malos y murieron con algunas horas de intervalo, y mi mujer, á consecuencia de aquella sacudida, se metió en la cama y se estuvo en ella diez y ocho meses inerte y como atontada, lo que no fué obstáculo para que la mesa siguiera siempre puesta y la comida preparada para los amigos, que iban á cuidar á la enferma y á distraerla durante mi ausencia. Si mi plaza se suprimía, ¿cómo había de sostener mi casa con todos aquellos gastos? Me veía, pues, obligado á soportar los sofiones de Leboucart. Y sin embargo, acabé por sublevarme. ¿Pues no quería aquel animal que me presentase candidato á la diputación por el Var, bajo pretexto de que en mis viajes había sabido ganarme las simpatías de los cafés republicanos de Draguignan? Me dijo que la policía pagaría los gastos de mi elección y que durante todo el tiempo que fuese diputado disfrutaría sueldo doble. Al ver que me obstinaba en renunciar, me decía Leboucart irritado: «¿Pero qué inconveniente encuentra usted? No sería usted el único en la Cámara salido

de entre nosotros.» ¿Sería cierto? ¿Se trataría de un artificio de los que esa gente usa para reclutar su personal? Ello fué que me negué abiertamente, declarando que nada me gustaba más que la literatura, y que si en las condiciones actuales no tenía tiempo más que para publicar un volumen cada cuatro ó cinco años, si aceptaba la diputación tendría que renunciar por completo á escribir.

«El jefe montó en cólera entonces de un modo horrible, y me hubiera encontrado en la calle sin empleo, si Valfón, tan implacable como Leboucart, pero temeroso, por mil razones, de todo el que maneja una pluma, no me hubiera ofrecido un puesto ventajoso en reemplazo del que perdía. El nuevo ministro de la policía de San Petersburgo, el general Dejarine, de paso en París; había pedido un agente hábil y probo para vigilar á los revolucionarios rusos refugiados en Francia. Me dió una carta para el general y fué á reunirme con él en Ginebra, donde había alquilado todo el hotel Beausejour. Pasé allí cuarenta y ocho horas ocupando seis grandes piezas para mí solo en el segundo piso y con prohibición absoluta de salir y de hablar con nadie, pero disponiendo de cigarros, de *champagne* y de *kummel* hasta reventar. El grueso general Dejarine, sensual y fino, de ademanes dulces y mirada pérfida, me entregó un paquete de fotografías de las principales caras del partido revolucionario, que debía asimilarme y tener constantemente ante los ojos. Me detalló con mucha inteligencia las notas que había reunido sobre la vida, las costumbres y el carácter de aquellos hombres y de aquellas mujeres; me hizo saber sus escondites y sus refugios, y me indicó dos de los más feroces de aquellos nihilistas que estaban muy *trabajados* hacía mucho tiempo y á dos pasos de entrar al servicio de la *tienda* de San Petersburgo. Dejó á mi habilidad el cuidado de cerrar el trato, y me encargó que hasta que encontrase medios para introducirme entre ellos, trabase relaciones con algunos sin infundir sospechas. Lo conseguí, en efecto, y aunque me pagaron muy bien, pues me daban mil quinientos francos al mes y los gastos de coche y de sellos, puedo decir que no robé el dinero, por lo menos los primeros años. Conocí á todos los jefes de la emigración, Lavrof, Popof, etc., y recibí invitaciones para las veladas del hotel Czartoryski, en la isla de San Luis, que pasaba por ser un centro nihilista. Pero jamás pude descubrir nada, y eso que almorcé durante tres meses en una lechería, detrás del Panteón, con Sonia Perowska y Jessa Hefmann, á quienes ahorcaron poco tiempo después en San Petersburgo ó en Moscou..., no lo sé á punto fijo. No palidezca usted, joven; no fuí yo quien las hizo prender. Me contenté con llamar la atención sobre su presencia y decir los sitios que frecuentaban. Para denunciar sus conversaciones y sus proyectos me faltaba entender la lengua rusa ó más bien un cierto lenguaje cifrado de que los emigrados se servían entre sí.

«Cuando murió mi mujer y yo instalé á mis padres en el pabellón contiguo al de Izoard, mi encuentro casual con Sofía Castagnozoff pudo ser peligroso para los compatriotas de aquella buena muchacha, que conocía todas sus resoluciones sin participar completamente de sus ideas. Yo no sé por qué, así yo como mi literatura resultábamos simpáticos á Sofía y la veía tomar confianza y pronta á decírmelo todo. Empezó á enseñarme, por medio de un estudio comparado de las lenguas vivas, ese dialecto convencional indispensable para conocer el partido; pero de repente, sin motivo ni explicación, se retiró, encerróse en la más absoluta reserva y no pude sacar más de ella. ¿Fué por celos de mis sentimientos hacia la señorita Genoveva, de la que estuve enamorado algún tiempo, ó bien esta hermosa y altiva persona consiguió comunicarle la antipatía que yo le inspiraba? Ello fué que á consecuencia de una visita domiciliaria á casa de Casta para buscar á un nihilista que tenía oculto, se convenció de que yo la había denunciado. Si no quedé entonces absolutamente inutilizado en el barrio Saint-Marcel, en lo que se llama «la Pequeña Rusia», lo cierto es que me vigilaron ya más que yo vigilaba á los otros y hasta llegaron á amenazar la tranquilidad de mis padres, por lo que tuve que buscarles otro refugio, lejos de Morangis.

«Mientras ocurrían estos peligrosos sucesos, cambió el ministro de policía en San Petersburgo, y el nuevo, Bernoff, un salvaje, me mandó llamar al hotel Bristol en cuanto llegó á París y me dió la orden de descubrir antes de ocho días una imprenta clandestina rusa que funcionaba en Saint-Ouen. Busqué, no encontré nada, y aquel ministro, insensible á las delicadezas de la lengua francesa con que yo adornaba mis informes, me hubiera puesto en la calle sin la intervención de Dejarine.

(Continuará)

CARTELES ARTÍSTICOS

Como en el artículo de Luis Hollfeld que hemos publicado anteriormente se hablaba con bastante extensión del celebrado artista francés Julio Cheret, (véase el número 843), al reproducir hoy las dos obras suyas que van en esta página nada diremos acerca del que con razón ha sido llamado padre del cartel moderno.

En cambio nada se decía en el citado trabajo del arte japonés, por lo que, aprovechando la circunstancia de publicar un ejemplar del mismo, nos ocuparemos exclusivamente de este arte que tanta influencia ha ejercido en nuestros días sobre el euro-

distribuirlos los peregrinos, que eran en el Japón los únicos que sin pasaporte podían recorrer los templos de los 300 gobiernos en que aquel país se dividía. De aquí que mucha gente viajara disfrazada de peregrino: en un principio los que viajaban por placer aprovechaban esta ocasión para dejar en todas partes sus tarjetas adornadas con dibujo; más adelante siguieron este ejemplo los comerciantes, posteriormente se confió la distribución de carteles industriales á los peregrinos pobres, á quienes se pagaba este servicio, y finalmente constituyóse en Yedo una sociedad perfectamente organizada que se cuidaba de imprimir y distribuir los carteles.

Además de estas pequeñas tarjetas, hubo desde antiguo en el Japón carteles colosales anunciadores de espectáculos, que en vez de estar impresos estaban pintados, por ser escaso el número que de ellos se necesitaba, y que se colgaban en las paredes exteriores y en las inmediaciones de los teatros: estos carteles contenían la escena culminante de la obra que se representaba, reproducida en figuras de tamaño natural, ó bien el retrato de uno de los primeros actores, y no sólo se fijaban en las paredes, sino que también eran paseados por las calles á son de tambor para atraer á los viandantes, á quienes un pregonero anunciaba la función, explicándoles la escena que en el anuncio figuraba é invitándoles á concurrir al teatro. De estos carteles se conservan naturalmente muy pocos; hace algunos años una casa exportadora japonesa envió varios á París, en donde llamaron poderosamente la atención.

Estudiando estos productos artísticos, vióse que al lado de sus defectos, como la falta de expresión de los rostros, la rigidez de las figuras, la ausencia de perspectiva, etc., había cualidades muy dignas de tenerse en cuenta en las impresiones en colores, y se comprendió que esa pintura plana, ese predominio del elemento decorativo sobre el puramente pictórico, encerraba una delicadeza de sentimiento y un dominio tan

absoluto de la técnica, que muchos convinieron en que, lejos de ser una imperfección artística, aquel procedimiento significaba un refinamiento elevado, del cual podían sacarse muchas y muy útiles enseñanzas.

Si los artistas europeos intentaban amoldarse á aquel estilo, ¿quién había de formular contra éste la menor censura? Si de este modo se sancionaban aquellos procedimientos, ¿cómo no reconocer sus excelencias? El arte tiene algo de cosmopolita, y por ende es natural que todo progreso realizado por una nación redunde en beneficio de las demás. Por esto el carácter decorativo de las impresiones japonesas en colores, la acentuación de lo esencial, el sistema de la ligera indicación en vez de la reproducción realista, la simplicidad de la expresión, el empleo de las líneas de contorno y de las superficies de color planas y la distribución de los colores, sirvieron de modelo para el desarrollo del moderno cartel.

Y de esta suerte el arte japonés en general, las impresiones en colores en el Japón producidas influyeron de una manera decisiva en este nuevo género artístico, siendo por consiguiente mucho más importante para el conoci-

miento de éste el estudio del desenvolvimiento de aquél que el de los progresos que hayan podido rea-



Cartel anunciador del Eldorado de París, original de Julio Cheret

peo, imponiéndole hasta cierto punto sus principios fundamentales. En efecto, nuestros artistas, sin imitar servilmente á los japoneses, han vuelto, gracias á ellos, á inspirarse directamente en la naturaleza y han tomado ejemplo de los mismos para aplicar y transformar en obras artísticas decorativas las formas naturales. Prescindiendo de otras muchas ramas del arte, en lo que se refiere al cartel bien puede afirmarse que sin el conocimiento de las impresiones en colores japoneses no habría realizado en tan poco tiempo su prodigioso desenvolvimiento artístico; y á poco que se estudie el asunto, veremos que este nuevo género artístico arranca del Japón, aun cuando en aquel país el cartel no ha representado nunca el papel que en las grandes ciudades de Europa y América. Los carteles industriales japoneses comenzaron siendo muy pequeños é imprimiéndose sólo en blanco y negro, excepción hecha de los anuncios teatrales y de otros espectáculos públicos: en un principio se pegaban unos papelitos manuscritos en los troncos de los árboles, en los pretilos de los puentes y en las cercas de las casas, pero nunca en las paredes de los edificios. Siglos hace, un sacerdote hizo fijar en las casas, para preservar de la peste á sus habitantes, la imagen de su patrono y el nombre de su templo: en la puerta de éste fijóse también la estampa, y muy pronto aparecieron junto á ella otras varias que tenían por objeto dar las gracias por un favor recibido del cielo ó expresar un deseo, naciendo de aquí los exvotos, de los cuales tomaron modelo los industriales para anunciar sus productos. Poco á poco fueron perfeccionándose estos carteles, y en el siglo pasado aparecieron los de colores, bien que siempre de tamaño reducido, que se colocaban profusamente en los templos, en lo alto de las colinas y en otros puntos muy visibles, siendo los encargados de



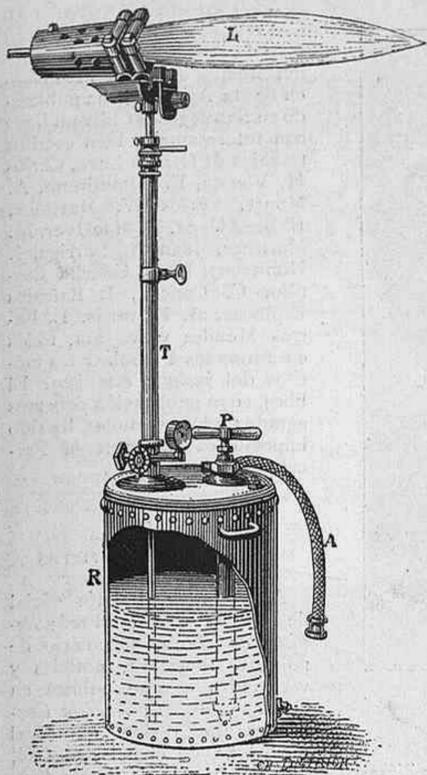
Cartel exvoto japonés, colocado en las gradas de un templo

lizar en Europa, desde los antiguos tiempos, los recursos empleados como medios de reclamo. Desde este punto de vista general, la misma historia del cartel japonés tiene una importancia secundaria, puesto que en nada ha influido en los demás países, de modo que los carteles japoneses no tienen para nosotros otro interés que el de ver aplicados á ellos los mismos principios fundamentales que vemos empleados en las impresiones en colores. - A.



Cartel anunciador de una fiesta celebrada en el palacio del Trocadero de París en 14 de junio de 1890, á beneficio de las familias de unos náufragos, original de Julio Cheret.

LÁMPARA WELLS



Lámpara Wells para alumbrado al aire libre. -- R. Depósito que contiene el petróleo. -- P. Bomba que sirve para introducir el petróleo en el tubo A y para comprimir el aire á fin de empujarlo por el tubo T hacia el quemador L en donde se inflama.

La iluminación de los grandes espacios al aire libre es bastante difícil de realizar con las lámparas de que ordinariamente se dispone, y cuando no se trata de una fiesta pública, en la que la multiplicidad de focos luminosos sirve de pretexto á motivos decorativos, es útil poder disponer de uno ó dos focos potentes.

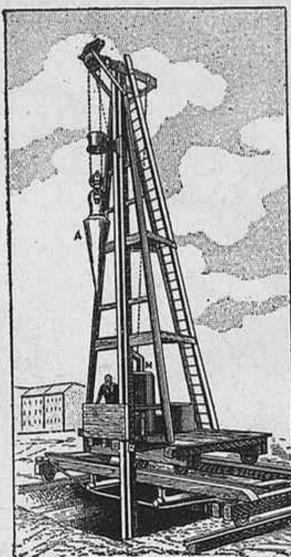
Desde hace muchos años se emplea para este fin la lámpara Wells, que reproduce el adjunto grabado y que por medio de la combustión de los aceites pesados del petróleo produce una llama de gran intensidad. El sistema de esta lámpara, que no ofrece peligro alguno, se compone de un depósito R en el cual se introduce el combustible mediante el tubo A, y de una bomba aspirante é impelente P movida á mano. Cuando el aceite llega aproximadamente á los dos tercios del depósito, se saca el tubo y se continúa bombando para comprimir el aire en la parte superior de aquél y hacer subir el líquido por el tubo T al quemador L. Este quemador está formado por un serpentín de pared delgada por donde se escapa el aceite.

Para hacer funcionar el aparato se quema durante algunos minutos alcohol en una copa colocada debajo de este serpentín, con lo cual el aceite se calienta y ocasiona desprendimiento de gases que se inflaman produciendo una luz muy viva; el calor de este foco luminoso es entonces bastante para calentar el serpentín y el aparato continúa funcionando sin la ayuda del alcohol, siendo para ello suficiente mantener la presión del aire dando un impulso á la bomba de cuando en cuando.

El consumo para una lámpara de 1000 bujías cuesta, con los diversos gastos de entretenimiento y limpieza, unos 70 céntimos de peseta por hora. De la utilidad de esta lámpara nada hemos de decir, porque la práctica ha demostrado que puede aplicarse con grandes ventajas á multitud de servicios. -- G. M.

MARTINETE PARA FUNDACIONES RÁPIDAS SOBRE SUELO FLOJO

Cuando se realizan trabajos que bien merecen el calificativo de colosales, necesariamente se tropieza con dificultades que es preciso resolver de un modo práctico y conveniente, no sólo desde el punto de vista técnico, sino que también desde el económico: los problemas á que dan lugar tales trabajos tienen muchas veces soluciones conocidas, pero á los que dirigen la empresa interesales en muchas ocasiones buscar otras que faciliten una economía de tiempo y de dinero, y de aquí nacen multitud de inventos, unos completamente nuevos y otros simples perfeccionamientos de sistemas ó procedimientos ya conocidos.



Martinete para fundaciones rápidas en un suelo flojo. -- A. Cono de hierro fundido de 1.500 kilogramos de peso, que elevado por una cabria de vapor M, cae automáticamente desde una altura de 10 metros y abre pozos que luego se llenan con betón para consolidar el terreno.

Sugiérenos estas reflexiones el martinete que reproduce el adjunto grabado y que ha sido inventado por M. Dulac: este aparato constituye, desde el punto de vista de la mecánica, una de las particularidades más interesantes que nos ofrecen los trabajos que actualmente se están realizando para la exposición universal que en el año 1900 ha de celebrarse en la capital de Francia.

Tratábase de construir los edificios de la administración: el terreno en donde debían levantarse, situado muy cerca del Sena, no era muy sólido y como esas construcciones no debían ser muy pesadas, creyóse innecesario apelar al procedimiento del pilotaje.

Sin embargo, era preciso buscar un medio para consolidar el suelo, dándole la resistencia necesaria, y á este efecto se le apisonó por medio de un martinete de hierro fundido de 1.500 kilogramos de peso.

Un andamiaje de 10 metros de alto va provisto en su extremo superior de una polea por la cual pasa la cadena que sostiene el martinete A, de forma cónica, el cual martinete está dispuesto de tal manera que se abre automáticamente al tropezar con un anillo fijo y situado á una altura suficiente para limitar su movimiento de ascenso. La cabria que hace funcionar el aparato está movida por una locomóvil M.

El martinete penetra rápidamente en el suelo empujando la tierra por ambos lados, con lo cual después de un corto número de caídas puede formarse un pozo, hasta de 15 metros de profundidad, que luego se rellena de betón. La operación es tan rápida que fácilmente se pueden multiplicar los pozos y practicarlos unos tan cerca de otros que constituyan como una serie de pilares de betón que acaba por formar un suelo muy resistente con una economía notable de tiempo y de dinero sobre cualquiera de los otros procedimientos hasta ahora empleados. -- G. M.

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Sa'nt-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANCK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY y en todas las Farmacias.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS JORET-HOMOLLE
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 F^a BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

SIMIENTE DE LINO TARIN
 Preparado especial para combatir con suceso Los Estreñimientos, Colicos, Bochornos y las Enfermedades del Hígado y de la Vejiga (Exigir la marca de « la Mujer de 3 piernas »).
 Una cucharacita por la mañana y otra por la noche en la cuarta parte de un vaso de agua ó de leche
 La Cajita : 1 fr. 30

POMADA FONTAINE
 Son sus efectos admirables contra el Sarpullido, Eczema, los Sabañones, las Almorranas, los Barros de la cara, la Inflamación de los parpados, Caspa y Caída del pelo. -- Fricciones ligeras por la noche.
 El Boto : 2 fr. ; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.

JABON FONTAINE Excelente auxiliar de la POMADA FONTAINE
 La Bola : 2 fr. ; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.

TARIN, Farmacéutico de 1^a Clase, ex-interno de los Hospitales PARIS. -- 9, place de Petits-Pères, 9, y todas las farmacias

PILDORAS Y JARABE de BLANCARD
 con Ioduro de Hierro inalterable
 CONTRA la Anemia, la Pobreza de la Sangre, la Opilacion, la Escrófula, etc.
 Exijase el Producto verdadero con la firma BLANCARD y las señas 40, Rue Bonaparte, en Paris.
 Precio: PILDORAS, 4 fr. y 2 fr. 25; JARABE, 3 fr.

Agua Léchelle
HEMOSTATICA. -- Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y antona todos los órganos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de Paris, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemetisis tuberculosa. -- DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en Paris.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE DEHAUT** DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le conviene, segun sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afeciones del Corazon, Hidropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN
 HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
 Medalla de Oro de la S^a de F^a de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. -- 50 Años de éxito.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de abajoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

CEREBRINA REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS Y NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm^a 114, Rue de Provence, en PARIS
 En MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curación de las Afeciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Seine.

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
 El Mismo con IODURO DE POTASIO
 Empleado como tratamiento complementario del ASMA, este medicamento es igualmente SOBERANO en los casos de Gota, Reumatismo crónico, Angina de Pecho, Enfermedades Especificas hereditarias ó accidentales, Escrófula y Tuberculosis. Fólleto segun los últimos trabajos de MÉDICOS ESPECIALES.
 CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.

PATE EPILATOIRE DUSSEY
 destruye hasta las RAICES VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

UN ALMA DE DIOS, por Juan Ochoa. — Esta novela, que forma el volumen duodécimo de la «Colección Elzevir ilustrada» que con tanto éxito publica el editor barcelonés D. Juan Gili, reúne todas las mejores cualidades que en esta clase de obras puede apetecer el más exigente: su argumento es en extremo interesante, su acción se desarrolla con verdadera naturalidad, los personajes están arrancados de la vida real y un estilo castizo y ameno avalora todas estas bellezas de fondo. *Un alma de Dios*, con bonitas ilustraciones de Arturo Carretero, véndese á dos pesetas.

**

EL TEATRO REAL POR DENTRO. — MEMORIAS DE UN EMPRESARIO, por D. Manuel González Araco. — Contiene este libro curiosas noticias acerca del primer coliseo lírico de la corte, narrando en él el Sr. González Araco hechos tanto más interesantes cuanto que son vívidos: el autor explica con verdadera sinceridad cuantos acontecimientos han ocurrido desde 1879 y en su presencia en aquel teatro, y de su relato se desprenden enseñanzas muy dignas de ser tenidas en cuenta por los que quieran tomar á su cargo



MAGDALENA ANTE EL CADÁVER DE JESUCRISTO, cuadro de Arnoldo Bocklin

empresas como las del Real. La narración está hecha en forma sencilla y amena y en ella se mezclan anécdotas interesantes. El libro, impreso en Madrid por los hijos de José Ducazal, se vende al precio de cinco pesetas en la librería de D. Antonio San Martín.

ingeniería y arte militar; *La Revista Médica de Puerto Rico*, periódico científico y profesional que se publica dos veces al mes en San Juan; *El Huésped*, semanario de literatura, ciencias y variedades que se publica en Popayan (República de Colombia).

PERIÓDICOS Y REVISTAS

El Peruano, boletín oficial de la República del Perú; *Revista de Quito*, semanario de política, literatura, noticias y variedades que se publica en Quito (Ecuador); *Revista Contemporánea*, revista quincenal madrileña de ciencias, letras, periodismo científico y profesional que se publica dos veces al mes en San Juan; *El Huésped*, semanario de literatura, ciencias y variedades que se publica en Popayan (República de Colombia).

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE APIOL DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

VINO AROUD

MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MEDICOS.

DOS FÓRMULAS:

I — CARNE - QUINA

En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles é Influenza.

II — CARNE-QUINA-HIERRO

En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.

Estas dos fórmulas existen también bajo forma de Jarabes de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.

CH. FAVROT y Cia, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

APIOLINA CHAPOTEAUT

NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL

Es el más energético de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la

SALUD DE LAS SEÑORAS

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de
 PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS
 1889 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
 con
PEPTONA
 es
 el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.
 PARIS: 4, Quai du Marché-Neuf
 Y EN TODAS FARMACIAS.

TRAJEO 5fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOGES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y todo.
 CANDES et Co. 24 St-Denis, 48

GARGANTA
 VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — PRECIO: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

REMEDIOS de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Afta y Cur-CATARRO,
 BRONQUITIS,
 OPRESION
ASMA
 y toda afección
 Espasmódica
 de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata
 J. FABRE y Cia, Ncos. 102, R. Richelieu, Paris.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acacias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

EL APIOL de los Dres JORET Y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE & Cia, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

OBESIDAD
 tratada con éxito desde hace 30 años con las
PILDORAS DE REDUCCION DE MARIENBAD
 En las principales Farmacias
 del Dr. SCHINDLER-BARNAY, consejero imperial
 Son también muy eficaces para combatir el estreñimiento y purgan con suavidad y sin cólicos.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN